

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en París.

AÑO 21. — N° 487.

SUMARIO.

Inauguracion de los vapores trasatlánticos franceses; grabado. — **La Alemania intelectual.** — **Salida de la Louisiana el 14 de abril de 1862;** grabado. — **Retratos de los embajadores japoneses y de los personajes que com-**

ponen su comitiva; grabado. — **Revista de Paris.** — **La fortuna con barbas.** — **Las industrias de la cuenca del Loira;** grabados. — **Dos hermanos rivales.** — **El museo Napoleon III;** grabados. — **Las cruces;** grabados. — **Recuerdos de un viaje a Roma.** — **Boletin científico.** — **Recuerdos de una excursion a la Vandé;** grabado. — **Problemas de ajedrez;** grabado.

Inauguracion

DE LOS VAPORES TRASATLANTICOS FRANCESES.

Muy larga seria de contar la historia de los esfuerzos hechos hasta aquí para establecer entre Francia y América una línea de comunicacion regular; no vamos a



Inauguracion de la línea trasatlántica de Saint-Nazaire á Veracruz. — Banquete á bordo de la *Floride*.

emprenderla: lo único que queremos decir, es que sin duda no se habían llamado en auxilio de la idea los capitales suficientes, puesto que el día en que ha intervenido en el proyecto la sociedad del *Credit mobilier*, todos los obstáculos se han vencido como por encanto, y la dificultad ha quedado resuelta.

La nueva compañía trasatlántica que ha comenzado sus operaciones el 14 de abril último, es en efecto una emanación de esa poderosa sociedad de crédito, y tiene por presidente a M. E. Pereire, que la ha formado, la inspira y la dirige. En virtud de un tratado concluido hace tres meses entre la compañía y el gobierno, cuatro vapores de hélice, de gran capacidad, deben hacer un servicio postal regular de Saint-Nazaire a Veracruz, con escala en la Martinica, en Santiago y en Tampico. Uno de estos buques, la *Louisiane*, ha salido ya, y los restantes, *Veracruz*, la *Floride* y *Tampico*, le seguirán de mes en mes por el orden que indicamos. La salidas tendrán lugar invariablemente el 14 de cada mes.

El 12 de abril un tren especial organizado por la compañía del ferrocarril del Oeste, trasladó de París a Nantes en cuatro horas, a una caravana de administradores, financieros, industriales, hombres políticos, publicistas, periodistas y artistas convidados a tomar parte en la fiesta, y a quienes esperaba en Nantes un banquete dado por el tribunal de Comercio de esa vasta y populosa ciudad. Con este fin se había adornado interior y exteriormente el gran salón de la Bolsa. La comida fué espléndida, y cada cual pronunció su correspondiente discurso alusivo a la circunstancia. M. Chevreau, prefecto del Loira inferior y presidente del banquete, brindó por Su Majestad el emperador; M. E. Pereire por la ciudad de Nantes, y M. Fruchard, presidente del tribunal de Comercio, por M. E. Pereire. En fin, el baron P. de Richemont, senador y administrador del ferrocarril de Orleans, brindó por la prosperidad de la Bretaña y de la Vandé.

Bueno es advertir que estos discursos no siempre son palabras vanas. Pronunciados por hombres que en su mayor parte tienen en sus manos la dirección de los mas grandes negocios, se suelen encontrar en ellos preciosas noticias sobre las necesidades de una comarca y las tendencias de una industria, así como también se hallan ideas que revelan lo porvenir. Tal es, verbigracia, esta frase pronunciada por M. Chevreau:

«Nantes y Saint-Nazaire, reunidos por una vía férrea y un río profundizado, se servirán y se completarán mutuamente. Los cafés, los azúcares, los ricos abonos y hasta los algodones llegaran a ellos de todas partes; seran como una de las grandes puertas por donde la joven América hara penetrar en el viejo mundo su excedente de riquezas. Las fabricas y las manufacturas formaran en las margenes del río entre las dos ciudades, como un inmenso enlace, y de esta población que hace diez años no era mas que una oscura aldea, el emperador habra hecho uno de los mas asombrosos instrumentos de trabajo que jamas hayan podido imaginar el comercio y la industria.»

La perspectiva es brillante en verdad, y el obrador de estirar el hierro del Basse-Indre, así como el inmenso establecimiento que se eleva en una isla entre Nantes y Paimbœuf, parecen probar ya que las previsiones de M. Chevreau no tienen nada de quiméricas. Por lo demás, al hablar así correspondía a la mas viva de las preocupaciones nantesas. El Loira hasta su desembocadura tiene una gran superficie, pero sin profundidad. Tiene un cauce variable y obstruido por la arena. Paimbœuf no es mas accesible que Nantes, y Saint-Nazaire, que se encuentra a la embocadura, no era hace doce años mas que una aldea, que ha sido trasformada gracias a una voluntad omnipotente. Se ha abierto una darsena a flote de 180,000 metros cuadrados de superficie, cuya profundidad varia de 4 metros 18 cent., a 7 metros y medio. La parte menos profunda basta para los buques de comercio; la otra puede recibir buques de guerra, que entran por dos pasos guarnecidos de esclusas que se abren al subir la marea y se cierran al bajar, de tal modo, que el nivel de la darsena no varia. Cada paso esta defendido por un bastion, y ambos están protegidos por un muelle de abrigo. Este puerto tan vasto y tan seguro no es suficiente ya para las necesidades del comercio, y en breve se abrirá una segunda darsena igual a la primera.

Los muelles son magníficos, y al Norte y al Poniente tienen casas nuevas, grandes y elegantes. En su derredor se ven ya calles trazadas, y algunas casi construidas. Saint-Nazaire no tiene aun muchos habitantes, pero puede recibir muchos, y ya parece estarlos llamando. En el día los armadores descargan sus buques en Saint-Nazaire, y llevan sus mercancías a Nantes por el ferrocarril, ó en embarcaciones chatas. ¿No vendrán a conocer que les será mas cómodo y menos costoso el tener sus almacenes y sus oficinas en el mismo muelle de Saint-Nazaire, como los negociantes del Havre, de Burdeos y de Marsella?

No cabe duda que de aquí a veinte años, todo el comercio marítimo de Nantes operará esta mudanza: las industrias que emplea le seguirán necesariamente, y Saint-Nazaire llegará a ser una poderosa ciudad comercial rival del Havre como de Burdeos, que esparcirá los productos del nuevo mundo, del Africa, de la Australia y del Asia oriental en la vasta cuenca del Loira. Nantes no será ya entonces una ciudad marítima, pero conservará sus fabricas y sus ricos establecimientos de refino, los mas importantes de Francia. Será mas que nunca una ciudad industrial; ¿quién piensa en disputarla su categoría de cabeza de partido, sus establecimientos científicos, su rico museo, etc.? Sucederá ahí

lo que ha sucedido en la Normandia. El Havre ha venido a ser un puerto comercial de primer orden, y Ruan no ha perdido nada.

Los convidados del palacio de la Bolsa se encontraron casi todos al día siguiente 13 de abril en la estación del ferrocarril, y muy luego se hallaron en los muelles de Saint-Nazaire. La distancia apenas llega a 60 kilómetros. La *Louisiane* se hallaba a la entrada del puerto dispuesta a partir. Los inteligentes admiraron sus buenas proporciones, su aspecto gallardo, la riqueza de su decoración, la elegancia y la comodidad de sus disposiciones interiores. La *Floride* ha sido hecha, digámoslo así, por el mismo patron. Estos dos buques construidos en Greenoch (Escocia) por cuenta de una compañía española que no los tomó, han sido comprados por la compañía trasatlántica francesa, que aprovechó la ocasión de hallarlos concluidos en un momento en que las operaciones del ejército francés en Méjico no les daban tiempo para esperar. En ciertos puntos presentan aun las armas de España, testimonio de su primitivo destino. Es imposible recorrerlos y examinarlos en detalle sin experimentar un vivo placer. Su porte alcanza a 3,000 toneladas, y llevan una maquina de vapor de la fuerza de 500 caballos.

Los otros dos vapores construidos en Francia, la *Veracruz* y el *Tampico*, vienen a tener la misma capacidad, aunque sus maquinarias son de menos fuerza, y se asegura que son mas elegantes y cómodos que los dos escoceses. La cámara grande de la *Floride* estaba dispuesta para un segundo banquete, en el que tomaron parte 150 convidados (véase el grabado). Esto solo puede dar una idea al lector de las proporciones del buque. El presidente M. E. Pereire, M. de Vandal, director general de correos, M. Fleury, diputado por el distrito de Saint-Nazaire, el baron de Richemont y el baron de Lareinty, delegado de la Martinica, tomaron sucesivamente la palabra. M. Pereire fué muy aplaudido al emitir el voto de que la *Louisiane* al llegar a Méjico hallase conquistada... la paz.

Durante el banquete la *Louisiane* habia salido de la darsena para entrar en la rada (véase el dibujo). Al otro día, que era el 14, comenzó su viaje, lo que se celebró con un tercer banquete, en el que hubo brindis y muchas efusiones financieras, comerciales y políticas.

Hé aqui pues, inaugurada al fin la línea francesa de Méjico y de las Antillas. G. H.

La Alemania intelectual.

Hace algo mas de un siglo que un jesuita, el padre Bouhours, se propuso la pregunta de «¿si podía un alemán tener ingenio?» Si el buen jesuita hubiese recordado de qué país eran Keplero y Leibnitz, ó cual fué el que dió al género humano los dos grandes móviles de la civilización moderna, la pólvora y la imprenta, quizás no hubiera sentado aquella pregunta extravagante. Y aun despues de sentada, si hubiese conocido los Cantos de Amor (*Minne-Sänger*) del siglo XIII, y las obras de Ulrico Hutten, Opitz, Flemming, Logau y otros, que ya habian florecido en su tiempo, es muy seguro que hubiera hallado, con grandísimo asombro, que un alemán podía, no solo tener ingenio, sino también algo mas.

Esa petulancia del jesuita es, así en lo moral como en lo intelectual, mas común de lo que generalmente se cree, porque en todos tiempos y en todos los países ha sido mas cómodo fallar a bulto que tomarse la molestia de estudiar para juzgar con imparcialidad y acierto.

Nadie negará no obstante que siempre nos redunda una ventaja de formar de las naciones extrañas un concepto atinado, y mas aun que esto, es un deber, y el cumplir con un deber trae consigo su recompensa. Quizás en la era en que estamos sea este deber mas esencial que nunca: era que tanto promete y amenaza, en que están batallando tantos elementos buenos y malos, en que los impulsos aviesos van descollando por do quiera, en que la sociedad humana esta forcejeando para amoldarse de nuevo, y en que brotan por acá y acullá tantos destellos que solo con su union pueden venir a producir una luz plácida y pura.

Por dicha este deber, aunque arduo, no es imposible, por cuanto el comercio material ha ido allanando el camino al comercio intelectual, y un pensamiento verdadero ó una noble creación nos llegan facilmente de los países mas remotos, como estén nuestros ánimos dispuestos para recibirlos: otra dificultad mucho mas grave que la primera.

¿Pero qué diremos de una nación que se aísla para todo extraño influjo, que considera su modo de ser como una ley de la naturaleza, y que rechaza, como indigno de examen, cuanto difiere de lo suyo? Diremos de esta nación lo que diríamos de un hombre que equivocase su propia individualidad con el tipo de la humana naturaleza, y que tratase cuanto desafinase con él como si desafinase con aquella. Ese hombre seria un pedante.

De tan estrecha y perversa condición nos han dado los franceses, casi hasta nuestros tiempos, un ejemplo lamentable a la par que instructivo. Verdad es que hasta ahora hace poco, ni aun en Francia, tan vecina de la Alemania, han sido conocidos los ilustres escritores de este país, y si lo fueron antes, lo fueron mal; lo que es peor todavía. Por lo que hace a España, podemos decir que, con poquitas excepciones, nos ha llegado de

Alemania el oropel y la quincalla antes que el oro y los diamantes; así es que sabemos algo de los desatinos de Kotzebue, y nada absolutamente de la alta sabiduría de Lessing; las obras de Herder nos son desconocidas; pero estamos bastante impuestos en las Novelas de Augusto Lafontaine.

Con mucha razón dijo un filósofo inglés que lo que sabemos del carácter nacional es parto mas bien de las preocupaciones populares que de la penetración filosófica. Cupoles a los alemanes una buena parte de esta torcida representación. Ya desde los tiempos de Opitz y de Flemming hasta los de Klopstock y Lessing, esto es, desde principios del siglo decimoséptimo hasta mediados del decimotercero, tuvieron apenas una literatura conocida fuera de su país, ó que mereciese serlo; su condición política, durante aquel período, era desgraciada; la nación, dividida en bandos y estados pequeños, habia perdido todo sentimiento nacional. Los franceses los pintaban a los demas pueblos de Europa como gentes casi barbaras en todos los ramos del saber y de las artes; y la Europa los estuvo creyendo por mucho tiempo bajo su palabra.

El libro de madama de Staël aventó todas estas vulgaridades. Ya sabe ahora toda la Europa que los alemanes son algo, algo independiente y distinto de los demas, algo profundo, imponente. Mas no se sabe aun generalmente ese algo cual sea; pues la *Alemania* de aquella entusiasta señora, si bien contribuyó en gran manera a excitar la curiosidad, hizo poco ó nada para satisfacerla ó dirigirla. Así es que los alemanes, aunque ya mas estimados, son quizás tan mal comprendidos como antes.

De ahí las objeciones que hasta por personas ilustradas se hacen a los escritores alemanes. Estas objeciones pueden reducirse a dos: primera, mal gusto; segunda, misticismo.

En cuanto al primer defecto, no negaremos que se echa de ver, y muy de bulto, en algunos escritores, tales como Heinse, Miller, Veit-Weber, Kotzebue y otros, en los cuales no faltan selvas sombrías, duendes, horror y sensualidad, foragidos, misantropos, etc. Poco es lo que hemos leído en este ramo del tósigo y del puñal; pero no puede negarse que ha sido muy cultivado en Alemania, aunque ya se ha abandonado en el día por improductivo. Hanle desbancado otras formas, hijas también de la necesidad, las cuales iran desapareciendo ante otras nuevas; porque parece que la diosa Estolidez está destinada, como las divinidades de la India, a apearse en este planeta bajo formas diversas. Mas de quinientos volúmenes de tales sandeces podrian entresacarse todavía de los estantes de las librerías alemanas. ¿Pero qué probará todo eso, sino que en Alemania, lo propio que en todas partes, hay una clase harta crecida de hombres y mujeres, vacíos de entendimiento, que leen, no activa, sino pasivamente, no para instruirse, sino para entretenerse?

El mal gusto que se nota en ciertos libros alemanes se achaca por algunos a la condición de los escritores de aquel país, los que, al parecer, viven en la escasez, si no en la miseria; lo cual, al paso que los excluye de todo roce con la grandeza, les imposibilita adquirir aquella pulidez y cultura que solo reinan en los estrados y en la sociedad opulenta y de buen tono.

Prescindiendo de la falsedad del hecho, y concretándonos a la teoría solamente, confesamos que nos aflige en extremo. ¿Será pues tan cierto que el buen gusto y las riquezas vayan tan indisolublemente unidos? ¿que la verdad del sentimiento deba ir siempre acompañada de un arca bien llena, y que estén empañados los ojos para la belleza universal y eterna hasta que hayan descansado por largo tiempo en dorados artesones y ricos muebles? Aciaga nueva fuera esta para la gran mayoría de la especie humana; pues apenas hay uno rico entre mil; novecientos noventa y nueve han sido siempre pobres y deberan serlo toda su vida. Negamos pues todo el postulado, y creemos que, para adquirir el verdadero gusto poético, es la riqueza ó el roce con los ricos una de las condiciones menos precisas, y que nada tiene que ver lo uno con lo otro.

En efecto, el buen gusto, si há de significar algo mas que cierto tino mas ó menos fundado en la práctica, es fuerza que indique una susceptibilidad general para la verdad y la nobleza, una capacidad de discernir, y un corazón para amar y acatar la belleza, el orden, la bondad, donde quiera que se encuentren, y sean cuales fueren las formas que los acompañen. Todo esto implica, como condición imprescindible, un ánimo exquisitamente dotado, armónicamente acrisolado y excendido en amor y generosa admiración. La gerarquía, el estado, la condición son cosas todas muy ajenas de aquellos requisitos. ¿Acaso se nota la cultura de esta índole entre los ricos y los grandes exclusivamente? No por cierto. Creemos que procede de dentro antes que de fuera, así en los ricos como en los menesterosos. Los hechizos de la naturaleza, la majestad del hombre, la amabilidad inefable de la verdad y de la virtud, no se ocultan a los ojos del pobre, sino a los del hombre vano, corrompido y egoísta, ya sea pobre ó opulento. Allá en tiempos antiguos, el humilde ministril, mendigo, y señor de nada, como no fuese de su arpa y de su alma libre, tenia ciertos barruntos de esta gloria, que se encubria al orgulloso baron en sus barbaros castillos. ¿No fueron pobres también Homero, Sócrates, Camocens, Shakspeare, Milton, nuestro inmortal Cervantes, y otros muchos, blasones de la humanidad, y que fuera largo enumerar? No permita Dios que jamas llegue un tiempo en que se estime la riqueza como sinónimo de lo bueno. Harto dilatado ya es el imperio de Mamón; mas no puede

ni debe tributársele culto en el santuario del genio. ¿No será cierto además, según dijo d'Alembert, que todo hombre cautivado por las musas ha de tener por lema *Libertad y Verdad*, y hasta esa misma *Pobreza*; y que si le repugna la última, no afianzara las dos primeras?

Hemos descendido a estas consideraciones para arrollar el argumento por su base; mas no por esto se crea que son menesteros los autores alemanes; son si generalmente hombres pacíficos, moderados, amantes de la vida casera y de su familia, y a quienes no fuerce de su camino la ambición de riquezas. Y tampoco es de creer que sea la nobleza alemana tan mentecata, que estime en mas sus blasones que una patente directa del mismo Dios.

Algunos autores alemanes son también de ilustre cuna; citaremos, entre los modernos, a los dos Stolberg, a Novalis, al conde de Platen y a los dos Humboldt. El célebre Goethe, natural de Francfort, ya desde la edad de veinte y seis años fué compañero, no de nobles y caballeros, sino de príncipes; y durante la mitad de su larga carrera, fué ministro de Estado. ¿Y acaso no fué este hombre, sin rival en tantas prendas, sin rival también en urbanidad y finos modales? ¿No hizo una visita al rey de Baviera a aquel anciano venerable poco antes de fallecer? Dirán que fué una mera ceremonia; pero es innegable que este hecho nos recuerda la era de los antiguos sabios de la Grecia y de sus reyes.

No existen pues, por lo visto, las causas que por algunos se alegan del mal gusto de los escritores alemanes, y mucho menos el efecto que por aquellas tratan de explicar. Los alemanes, considerados como nación ó como un público, pueden sufrir, y aun provocar el parangón con cualquiera nación europea; y como escritores y críticos, les están a todas muy encima. Verdad es que en las regiones mas bajas de su literatura hay un buen caudal de necedad y torpeza; ¿pero acaso no es endémico el mal gusto en tales regiones en todas las literaturas del mundo? La pura estupidez es de suyo de índole quieta, y está contenta con ser sencillamente estúpida; pero la estupidez, hermanada con la vanidad, es intolerable, desahogada, y alla se arrojan las dos a locuras sin cuento. Confesamos que de las dos preferimos la primera; y consideramos el error de algunos escritores alemanes el mas inocuo y el mas curable en el día; porque mucho cabe esperar de la admiración desatinada, que tiene en si mucho y bueno; nada empero del menosprecio insulso, porque no es nada.

Mas para juzgar del gusto literario de una nación, debemos levantarnos sobre sus modos transitorios y contemplar sus perennes dechados; debemos volver la espalda a los escritores vulgares que arden y se apagan con el prestigio popular que adulan, para clavar los ojos en los pocos que brillan con esplendor puro y permanente. Entre los escritores alemanes de esta estampa podemos citar a Wieland, a Klopstock, a Lessing, a Hamann, a Mendelssohn (1), a los dos Jacobis, a Utz, a Gellert, a Cramer, Ramler, Kleist, a Juan de Muller, a Hagedorn, a Rabener, a Gleim, Uhland, Schubert, Holty, Burger, a los dos Grimm, a los dos Humboldt, a los dos Schlegel, a Ritter, Heeren, Ranke, Tieck, etc., etc. Y no hablamos aqui de Herder, Schiller ni Goethe, que son hombres de otra estatura y de otros movimientos, a quienes no acertara a medir el compás del jesuita Bouhours. Decir que estos hombres escribieron con buen gusto fuera decir muy poco, porque el buen gusto forma, no la cúspide, sino la base de su estilo; es en ellos, no una prenda de que hagan gala, sino una cosa natural y de rubrica.

En la ciencia de la crítica están los alemanes, según es muy sabido en toda Europa, mucho mas adelantados que las otras naciones. La crítica ha tomado en Alemania una forma nueva; procede bajo otros principios y se propone una meta mas alta. No versa ya el punto principal, en una obra del arte, sobre las cualidades de la dición, la coherencia de las metáforas, la propiedad de los sentimientos, la verdad lógica general. No se trata ya de determinar por qué mecanismo compuso tal autor sus sentencias y diseñó sus símiles, sino por qué impulso, mucho mas delicado y misterioso, organizaron Calderon, por ejemplo, ó Shakspeare sus dramas, y dieron vida é individualidad a sus personajes; en qué consiste aquella vida; cómo han alcanzado aquellos su forma é individualidad; de dónde procede aquel fuego empíreo que irradia todo su ser, y que, cual un destello divino, penetra en todos los corazones. ¿Son sus dramas, no solo verosímiles, sino verdaderos también, y mas verdaderos aun que la misma realidad, puesto que se crea en ellos la esencia de la pura realidad en símbolos mas expresivos? Se trata, no solo de averiguar quién era el poeta, y cómo compuso sus obras, sino también qué es el poema, y por qué es un poema, y no elocuencia rimada, creación, y no pasión figurada. Tales y otras muchas que omitimos son las cuestiones de la crítica alemana; en una palabra, la crítica, según la entienden los alemanes, viene a ser el intérprete entre los inspirados y los no inspirados, entre el profeta y los que oyen la melodía de sus palabras, y cogen su signi-

(1) La biografía de Mendelssohn es sumamente interesante y alentadora para el genio desvalido. A la edad de trece años era un judío pordiosero, sin salud, sin hogar, y casi sin habla, pues no merecía este nombre la jerigonza de hebreo corrupto y de alemán vulgar que hablaba entonces. A los cuarenta años pudo escribir su *Fedon*, era rico y lumbrera de su siglo. Fué amigo de Lessing, despues de haber sido su alumno; pues habiéndose encontrado los dos casualmente, reconoció Lessing el genio que estaba forcejeando debajo de aquella corteza asquerosa, y le alargó generosamente la mano. Con el poco griego que le enseñó, desencantó al pobre Judío del Talmud y de los rabinos.

ficado material, pero sin comprender su alcance. Las teorías estéticas de Kant, Herder, Schiller, Goethe y Richter presentan un aspecto vario, según los diversos hábitos del individuo; pero todas se encaminan al mismo fin, así en el filósofo como en el poeta.

Los alemanes han estudiado todas las literaturas del mundo, y de todas ellas hacen el aprecio que merecen. Homero y Shakspeare descuellan, como esta puesto en razón, en las cumbres mas altas del Olimpo; pero todos los verdaderos poetas de todos los siglos y de todos los climas ocupan en él el lugar que les corresponde. El árabe Ferdusi y los primitivos mitólogos del Indostan viven en fraternal union con los trovadores del Occidente. La caprichosa y mística lobreguez de Calderon, el fuego sombrío del Dante, la luz alboral del Taso, la helada tersura de Racine: todas estas prendas son reconocidas y respetadas. Los alemanes estudian los autores extranjeros con sus peculiaridades, en su propio y especial modo de ser, no para ensalzarlos ó censurarlos, sino meramente para conocerlos y gozar de sus bellezas a la par de las naciones donde aquellos florecieron. Así es que tienen las mejores traducciones de todas las literaturas antiguas y modernas; como que no tuvieron a menos dedicarse a esta tarea unos hombres tan eminentes como Goethe, Schiller, Voss, Wieland, Schlegel y Tieck.

Mas queda todavía en pie una duda, y es: ¿cuál ha sido el fruto de la crítica alemana? ¿qué obras grandes ha sacado a luz? ¿corresponden sus poemas y sus poetas a los altos preceptos de su filosofía? A esto contestamos que la Alemania puede presentar poetas cual no los conoce ahora otro país alguno; poetas que nos traen a la memoria tiempos que fueron, y que para siempre creíamos perdidos en la tierra. Esto basta y sobra para que se entienda que la poesía alemana está muy encima de la poesía existente en todas las demas naciones. Para probar este aserto, de poco servirían los argumentos lógicos; tampoco harían aquí al caso extractos ó muestras, por cuanto el espíritu de un poeta que merezca este dictado no puede verse en partes de sus composiciones, sino en poemas enteros. Así que citaremos tan solo a Herder, Schiller, Goethe, Tieck, y sobre todo al colosal Richter, y preguntaremos al que tiene la dicha de conocerlos: ¿No se oyen en ellos los tonos de aquellas antiguas melodías? ¿No se ven en los mismos los destellos de un alma serena, aquella fuerza sosegada y armónica, aquella gravedad risueña, aquel amor y fe y humanidad de la naturaleza? ¿No están dotados estos hombres, no solo de vista perspicaz, sino también de un corazón amante? ¿No han penetrado en los arcanos de la naturaleza? Como condicion precisa, imprescindible, son ante todo hombres buenos y sabios; han visto y padecido muchísimo, han conocido la vida en sus cimas y honduras, y en todas la han dominado. Sus ánimos son para nosotros un espejo que en suave y clara interpretación refleja la imagen indecisa de nuestro ser. En una palabra, son creyentes; pero no es su fe la ahilada planta de la lobreguez, sino que es verde y florida, porque crece a la luz del sol. Y esta fe es la doctrina que nos enseñan, la que procuran inculcar en las formas mas nobles y graciosas. Tal fué en todos tiempos el objeto de la poesía, objeto que ninguna literatura ha alcanzado de mucho tanto como la alemana.

Pero lleguemos ya a la segunda objeción, al misticismo. No negaremos que se nota en el ánimo de los alemanes cierta tendencia al misticismo, como suele haberla en todas las almas de su temple. Será esto un defecto, pero un defecto inseparable de las prendas peregrinas que nos cautivan; viene a ser cual el gracioso lunar que realza la hermosura de las hermosas.

Una índole sencilla, tierna y devota, un Jacobo Boehme ó un Jorge Fox, que ignora las costumbres de los hombres, el dialecto en que hablan, y las formas de sus pensamientos, está trabajado por una idea poética y religiosa, la cual debe expresarse, como todas las ideas, por palabras ó acciones, so pena de lacerar ó consumir el corazón que la abriga. ¿Pero cómo hablará, cómo derramará en otras almas lo que está rebosando de la suya? Está muy ajeno de nuestro modo de ser, y no nos puede comunicar el suyo propio. ¿Qué mucho pues que sean sus palabras una rapsodia inexplicable, un habla desconocida?

Tales son los místicos, hombres que no saben claramente lo que quieren decir, ó que no aciertan a producirlo en fórmulas del pensamiento por las cuales puedan otros comprenderles. Los que de todo hacen burla se arrojan desapiadadamente sobre estos hombres sencillos é inocentes para escarnecerlos y vilipendiarlos; pero las personas sensatas, hechas cargo de que es tan desconocido en este suelo el puro mal como el puro bien, respetan a los místicos de corazón honrado y sensible, y compadecen a los dementes.

Mas no tratamos aquí de defender a Boehme ni a Novalis, a quienes podría tildarse de una propensión muy marcada al misticismo; pues entrambos son desconocidos en España.

Pero lo mas singular es que para algunos los místicos culminantes de Alemania son Schiller, Goethe y Richter. Lo que son los místicos ya lo llevamos dicho. Oigamos lo que son los tres grandes poetas de Alemania.

Schiller es, entre los poetas idealistas, el mas encumbrado; sus héroes son, en el sentido romántico, tan perfectos y acabados como lo son, en el antiguo, los dioses de la plastica griega, hombres divinos, dioses humanos. El alma de todas las creaciones de Schiller es su hombre ideal; pinta al hombre, es verdad, pero le pinta en su cabal belleza y sublimidad. Nadie ha pintado como él el amor y la inocencia; véase la *Doncella*

de Orleans, sobre la cual ha sabido derramar, así como en todas sus creaciones, un hechizo poético sin igual; en esta pieza se echa de ver cómo supo penetrarse el poeta del profundo arcano del cristianismo, que saca la salvación del mundo de una Virgen inmaculada, esto es, la fuerza mas sublime de la inocencia mas pura. El alma bella de Schiller no podía tolerar ninguna injusticia; así es que siempre está dispuesto a saltar al palenque para defender a los oprimidos; y la libertad, inseparable de la justicia, era para su corazón la joya mas preciosa; pero aquella libertad desenfrenada, aborto y madre de la injusticia, es otra de las potestades diabólicas contra las cuales enristra su lanza siempre vencedora. El genio de Schiller pertenece a la humanidad, no a una nación en particular.

Allá van rodando los siglos, dice el filósofo Boerne: nada hay permanente mas que el cambio, nada constante sino la muerte. Cada latido del corazón nos descarga una herida, y la vida toda fuera un perpetuo desahogarse, a no ser por la poesía. Esta nos da lo que naturaleza nos niega; una edad de oro que no se empaña, una primavera que no se enfría ni enardece, una dicha sin celajes y una mocedad eterna. Es el poeta el consuelo de la humanidad, cuando Dios le ha estampado su sello en la frente, y no se desdora aquel mendigando el salario de su mensaje. Así fué Juan Pablo Richter. No cantó en los palacios de los grandes, no jugueteó con su lira a la mesa de los ricos; fué el poeta de los humildes, el cantor de los pobres; y donde lloraban afligidos allá se oían los dulces acentos de su arpa. Y no era Richter adulador de la multitud ni siervo de la costumbre; por caminos angostos y llenos de maleza sabia él encontrar la aldea menospreciada; contaba entre el pueblo a los hombres, en las ciudades los tejados, y debajo de cada tejado un corazón. Él separa la corteza del encallecido pecho, y pone de manifiesto el blando liber; y en las cenizas de un corazón marchito sabe hallar la última chispa, ya casi muerta, y la oreja hasta que se levanta una llama pura y halagüeña. Como adalid de la libertad del sentimiento, no es Richter segundo de ninguno.

Goethe, representante del siglo XIX y de la Germania moderna, merece un examen profundo que no consienten los estrechos límites de un artículo. Goethe, apellidado por sus compatriotas el Apolo Musagétes (1), y con mucha razón, puesto que por el largo espacio de sesenta años dió vivo impulso a todos los progresos intelectuales de la Alemania, no es fácil de comprender por el conjunto de sus obras. El campesino repite con amor las canciones de Goethe, el hombre culto recorre con placer sus paginas pintorescas, el filósofo se desala tras la clave de los enigmas que encierran la mayor parte de sus obras. Goethe fué artista, pero artista en la acepción mas noble de esta palabra. No hay una voz en la naturaleza que no halle eco en su alma; lo ha comprendido todo: pureza sublime de la antigüedad helénica, enérgica confusión de la edad media, y civilización de los siglos modernos.

Su primera obra, los *Dolores de Werther*, es la expresión de la zozobra, general a la sazón en Europa, tal cual entonces la habia sentido en su corazón el poeta. Su segunda obra, *Götz de Berlichingen*, describe tiempos que fueron, tiempos de pujanza y energía, época de hierro y bronce, a la que tiende el poeta una mirada pesadosa. Su tercer parto, el *Aprendizaje de Wilhelm Meister*, presenta un enigma familiar, un símbolo poético, cubierto y velado con formas campestres, un tratado precioso de filosofía y estética, revestido de una corteza comun. La Alemania aclamó esta obra como una de las mejores de Goethe. Al paso que este poeta iba entrando en años, penetraba en su ánimo una esperanza mas consoladora; sus colores adquieren mayor suavidad; dirían que se ha borrado de su memoria toda pasión terrestre.

El *Faust*, creación peregrina, está asestado contra el escepticismo destructor y el agigantado poder de la filosofía de la duda, cuyo paradero es la desesperación y la nada. El otro parto suyo intitulado *Wanderjahre* es una utopía aérea, pero en extremo conceptuosa; nótese en esta obra acabada una mezcla de buen humor y pureza, de fuerza y serenidad, de gracia y ardor, que son las dotes características de Goethe; su pensamiento es de un sabio, su forma es de un poeta. Vese en esta alegoría, sencilla a la par que expresiva, todo lo que los hombres discuten y profundizan en el siglo en que vivimos; la fe filosófica y religiosa del autor está grabada en este libro en caracteres inmortales. En su última obra, el *Intermedio de Faust*, se entretiene en reunir, cual en un cuadro fantástico, los recuerdos de la caballería gótica y las remotas tradiciones de los Pelasgos y Helenos; nada mas curioso que esta pintura contrapuesta; por un lado los coros solemnes de las vírgenes y sacerdotes de Mecena y Argos; por otro todo el raudal guerrero de la gerarquía feudal; aquí el paganismo y su dominio fatal; alla el cristianismo, montará todavía, con sus misterios de amor enlazados con bárbaras costumbres. Y a la flexibilidad peregrina del artista añádase la admirable perfección de sus obras, pues nunca menospreció la forma, como sucede entre algunos de sus compatriotas mas eminentes; jamás le sacrificó el pensamiento, que se presenta constantemente vivo, luminoso, cabal y con todas sus galas naturales. Tal fué el varón que impuso a su siglo la ley de su nimen.

No hay en el mundo otra nación que, como la alemana, haya impreso tan hondamente en su literatura su

(1) Caudillo de las Musas. Así apellidan a Apolo Pindaro y Orfeo.



Inauguración de la línea trasatlántica de Saint-Nazaire á Veracruz. — Salida de la *Louisiane* el 14 de abril de 1862. — (Véase la página primera.)



INTERPRETE.

OFICIALES.

KIUGOCH-NOTONO-KAMI,
primer secretario de embajada.

TAKANO-OUTCHI-SIMOD-SOUKI-NO-KAMI,
primer embajador.

CHIBATARO-SACATARO,
segundo secretario de embajada.

MATSDAIRO-YWANINO-KAMI,
segundo embajador.

James Langk

genio y su carácter. Las otras naciones echan en rostro a la alemana el que su obrar se queda muy en zaga de su pensar. Nadie ignora no obstante que el pensamiento es el criador de la acción; que es la potencia más pacífica, pero más segura é irresistible, en su claridad, como la luz del sol cuando asoma en el Oriente. El pensamiento es libre, y libre es cuanto toca. Tal es la historia de la literatura alemana.

Siguense en ella, como en todo lo humano, crecimiento, lozania y decadencia; tres son las ricas primaveras por donde ha pasado: la primera desde la temporada de los Hohenstaufen hasta últimos del siglo XIII; la segunda en la época de la reforma; la tercera desde el tiempo de Federico el Grande, cuyo influjo en la literatura está ahora bien demostrado, hasta el actual. Este último periodo es para nosotros el más importante, por cuanto en él se han echado los cimientos de la civilización moderna, de la cultura, que puede considerarse en general como propiedad de la nación; y tan solo sobre estos cimientos puede seguirse edificando en beneficio de la misma y en perpetuo blason del genio alemán.

X.

Retratos de los embajadores japoneses

Y DE LOS PERSONAJES QUE COMPONEN SU COMITIVA.

Los dibujos que ofrecemos a nuestros lectores en la página anterior han sido copiados de fotografías hechas por M. Nadar; esto responde de su exactitud. El embajador principal Takano-outchi-Simod-Souki-no-Kami tiene cincuenta años y es gobernador de una de las provincias del Japon. El segundo, Matsdairo-Ywanino-Kami, es un poco más joven, y toma el título de vicegobernador. Entrambos son príncipes ó *damions*.

Los dos secretarios son mucho más jóvenes. Kiogock-Notono-Kami tiene treinta años, y Chibataro-Sacataro parece tener veinte y cinco.

El embajador principal es hombre de un carácter muy faciturno; pero no así su compañero, que se muestra tan locuaz como el otro callado. Los dos secretarios se abstienen de hablar cuando no se les pregunta alguna cosa.

Los intérpretes que les acompañan hablan tres lenguas: el holandés, el inglés y el francés, este último idioma con mucha corrección. Tienen además un intérprete holandés encargado de traducir las preguntas que hacen ó que les son dirigidas.

C. W.

Revista de Paris.

La Exposición universal de Londres abierta el 1º de mayo con toda solemnidad y en presencia de una inmensa reunión de notabilidades de todas las naciones, acelera este año la acostumbrada deserción del mundo parisiense que deja todos los veranos esta gran capital entregada á los hombres de negocios y á los extranjeros. Ya daremos cuenta en este periódico en una sección especial, tanto de la ceremonia de la inauguración, como de las riquezas industriales y artísticas que se han presentado en ese gran concurso á la admiración de todo el universo; hoy lo único que nos proponemos es dejar consignado aquí, que los parisienses han corrido en masa á Inglaterra para visitar cuanto antes esa crecida cantidad de productos que debe poner en evidencia los progresos de tantos pueblos distintos. 1851, 1855 y 1862 serán épocas memorables en la historia de la industria moderna.

Con el mes de mayo han comenzado en Paris las diversiones propias del estío. Los conciertos al aire libre de los Campos Elíseos y del bosque de Boulogne, los bailes de los jardines públicos, el Hipódromo, el Circo de la Emperatriz, todo está abierto ya á la concurrencia que deseaba abandonar cuanto antes los teatros del interior de la capital, que así que el termómetro sube á 20 grados, se convierten en otros tantos hornos encendidos. En este caso nos hallamos hoy, y ya el domingo último las estaciones de los ferro-carriles se hallaban cuajadas de gente que acudía á disfrutar á algunas leguas de Paris ese airecillo del campo tan saludable para las personas que viven aglomeradas en las grandes poblaciones. En la vía de Versalles, que es una de las más concurridas, tuvo lugar en un wagon una escena muy cómica y que vamos á relatar á continuación, con toda la exactitud de un historiador concienzudo.

En una de las extremidades del wagon iban dos personajes, marido y mujer, engalanados como es costumbre entre gente de tienda cuando sale el domingo á dar un paseo; y en el otro lado iba un novelista muy fecundo y de los que abastecen el folletín de uno de los diarios más leídos; debemos callar su nombre, pero advertiremos que no era Alejandro Dumas.

Una vez en marcha el convoy, el tendero sacó del bolsillo un periódico, y dijo á su cara esposa:

— Voy á continuar la lectura de este folletín que está en la séptima parte, y aunque hace dos años que dura, todavía no lleva traza de concluirse. Es mucho autor el de esta novela (y pronunció su nombre); aquí nos presenta de nuevo un personaje que ya había muerto en la parte tercera; pero él con su ingenio no dejará de aclararnos el enigma.

Justamente quiso la casualidad que el escritor á que se refería el tendero fuese el inagotable novelista que viajaba en el mismo wagon acompañado de un amigo, á quien dijo dos palabras en voz baja, exclamando después en un tono que todos pudimos oírle:

— Concibo que me critiquen, concibo que digan que mis novelas no tienen principio ni fin, que no escribo en francés, que mis personajes, hombres y mujeres son inverosímiles; mas aun, concibo que tengan razón, ¿qué probará eso? Yo me adelanto á confesar que escribo como un aguador, y que mis escenas más terribles son propias de un sainete; pero toda vez que al público le gustan y compra mis libros, ¿debo privarme de ganar treinta mil francos anuales por complacer á los envidiosos que se mueren de hambre con sus producciones tan elevadas en el fondo y la forma que nadie las lee? Si yo soy un necio, ¿qué serán pues los que me allanan el camino?

El tendero, que á las primeras palabras de su compañero de viaje levanta la cabeza y escucha estupefacto aquella salida, le interroga en estos términos:

— Caballero, perdone Vd. mi indiscreción, pero ¿no es una broma todo lo que Vd. acaba de decir?

— No por cierto.

— ¡Cómo! ¿Sería Vd. el célebre autor de esta novela?

Y mostraba el periódico.

— El mismo, para servir á usted.

— Entonces, con más razón insisto en creer que no habla usted de veras.

— Pues se equivoca Vd.; ¿acaso no tengo derecho para expresarme así?

— Sí y no, según se entienda.

— Explíquese Vd. pues.

— Si Vd. se limitara á criticarse á sí mismo, yo no encontraría nada que replicar, aunque seguramente, me parecería exagerada su modestia; pero es el caso, que al tratarse usted de imbécil y de necio, extiende Vd. esos epítetos poco corteses á sus lectores y admiradores, y yo como uno de tantos, debo protestar y protesto.

— En suma, ¿quiere Vd. decir que yo no puedo pensar ni hablar mal de mis obras?

— Según y conforme.

— ¿Ni puedo declarar que no tengo talento?

— De cierto modo, sí.

— Caballero, creo que si alguien está aquí de broma, es usted.

— No, seguramente.

— Pues diga Vd. lo que quiera, yo repito que todo lo que escribo es absurdo; pero para probar á Vd. cuánto me felicito al encontrar lectores dignos de comprenderme, le pido á Vd. licencia para dedicarle la primera novela que dé á luz, después de concluida la que está Vd. leyendo.

— Acepto con orgullo.

— Pues no hay motivo para ello.

El tren se detiene; el novelista y su amigo se apean, y el tendero dirigiéndose á su cara mitad, la dice:

— ¿Has oído lo que acaba de decir ese famoso autor?

— Perfectamente.

— Dice que yo soy digno de comprender sus obras.

La cara mitad dió la llamada por respuesta. ¿Cómo le había de repetir delante de gente extraña, que al propio tiempo el autor había dicho antes: « Si yo soy un necio, ¿qué serán los que me allanan el camino? »

Se ha hablado mucho en Paris estos días últimos de una aventura de la vida íntima que ha terminado trágicamente, por cuya razón daremos nombres de comedia á los personajes que en ella figuran.

El vizconde Gaston es un hombre elegante y sensual, rico, aficionado á las artes, amigo en fin de todos los placeres, y que á fuerza de apurar todas las sensaciones que ofrece la vida, ha venido á ser uno de esos hombres dominados completamente por el egoísmo.

El egoísmo es un vicio cuyo nombre inspira una antipatía general, pero que á veces suele encubrirse con engañosas apariencias. El egoísmo del libertino y del pródigo, brillante y seductor en vez de horrorizar á todo el mundo como el del avaro, parece que por el contrario, está protegido y marcha por una senda cubierta de flores.

El vizconde Gaston puede presentarse como un ejemplo de esto que decimos. En todos los círculos de Paris se ha hablado siempre de sus aventuras, se ha envidiado su feliz estrella en todos sus lances de amores y de desafíos, se ha buscado con ahínco su amistad, y ha recibido en suma, todos los favores que prodiga Paris á los libertinos ricos y elegantes que deslumbran á esta sociedad tan pagada de cosas superficiales.

Pero los hombres de esta especie vienen á encontrar dentro de sí su propio castigo. La enfermedad de nuestra época y de los corazones egoístas, el spleen, ese aburrimiento intolerable, invencible, que refuerza con tantos guarismos la estadística mortuoria de Inglaterra, ese horrible mal se apoderó del vizconde, que hace tres años huyó de Paris y fijó su residencia en una casa campestre.

Sin embargo, no se vaya á creer que Gaston iba á buscar en el campo una resurrección moral por medio de la poesía. Nada de eso; iba lisa y llanamente en busca de goces nuevos y más triviales para dar alimento á su egoísmo; iba por descansar, no por otra cosa. Hasiado del movimiento y del ruido de Paris, quería vivir en los placeres de la vida solitaria, sin siquiera el cansancio del espíritu; buena mesa, buen vino, todas las comodidades materiales, hé ahí el programa de su existencia en el campo.

Pero ni aun allí el vizconde Gaston se vió abandonado por esa insolente felicidad de las almas egoístas. Uno de sus vecinos, el baron de X..., rico también y en la aurora de la vida, le cobró una de esas amistades inexplicables que sienten á menudo por los hombres gastados, los jóvenes que viven de ilusiones y de esperanzas mal definidas.

El baron tenía una hermana que era un dechado de hermosura, y que había vivido siempre en el campo. Malvina, que este era su nombre, se había quedado huérfana con su hermano, y su carácter, así como su belleza, se resentían de su falta de trato; era como si dijéramos una flor silvestre; la soledad la hechizaba, y en sus ojos había una expresión singular, como una llama velada por una tristeza recelosa.

Malvina, la joven de corazón un tanto arisco, se enamoró del

hombre de corazón gastado y refinado. El vizconde vino á ser para ella el fantasma luminoso de su soledad, y con la candidez propia de la inocencia le confesó el amor que la agitaba.

Cualquiera se habría conmovido con la declaración de aquella pasión franca y leal; pero el vizconde tuvo miedo: aquella joven enamorada de él, aquel corazón de diez y ocho años que se ofrecía tan cándidamente, aquel rostro hechicero que se sonrojaba y palidecía, aquel amor profundo, apasionado, le asustaron, porque sentía vacío su corazón para corresponder á aquellos trasportes de que no era digno: en suma, previó un cariño eterno y arrebatos de amor que pondrían en peligro su reposo, y rechazó á Malvina. Rechazó aquel amor purísimo, pero como hombre de mundo, lo hizo hablando mal de sí, diciéndola que la sería muy fácil encontrar un hombre más joven, más apasionado; en una palabra, disfracó su egoísmo y su temor bajo las apariencias del interés, la razón y el afecto que le inspiraba Malvina.

La joven, con ese instinto secreto del corazón que no engaña nunca, comprendió la verdad: escuchó al vizconde en silencio, y cuando hubo concluido de hablar, huyó sin responder, como una gacela herida.

Gaston sin embargo, no quedó tranquilo. Receló que su permanencia en el campo podría exponerle á nuevas seducciones por parte de Malvina, y marchó á Inglaterra, de donde al cabo de algún tiempo volvió á Paris y halló á la joven casada. Malvina, que por despecho había dado su mano á un hombre anciano y rico y de una alta posición social, había venido á ser una de las señoras más elegantes y admiradas de Paris. Se conservaba hermosa como antes, pero era la suya una hermosura fría, impasible y orgullosa.

¡Oh misterios del corazón humano! Aquella mujer desdeñada por el vizconde cuando tenía un alma, le inspiró ahora que era de mármol una pasión loca. Gaston hizo mil tentativas para agradaarla; pero la Malvina que él había conocido no existía ya; las palabras más ardientes, las lágrimas, los suspiros, nada bastó para enternecer aquel corazón de bronce, que en otro tiempo se había ofrecido espontáneamente.

Aquí principia el suplicio del egoísta.

Entonces el vizconde palideció, se desesperó, conoció los dolores nocturnos y solitarios que arrebatan el juicio.

El marido de Malvina vino á morir, y el vizconde recobró su esperanza; pero ¡ay! no tardó en desengañarse: Malvina amaba á otro, amaba á un joven á quien había inspirado ese primer amor que ella buscó en vano en el vizconde.

Gaston no tuvo valor para resignarse con su castigo, provocó al joven, y él, que había salido siempre victorioso en tales lances, murió á manos de su rival en aquel desafío por una mujer á quien había desdeñado, y á quien tenía ahora una violenta pasión, quizá la única verdadera que había sentido en su vida.

Después de la expedición de China realizada tan brillantemente por las tropas francesas é inglesas, todo lo que es chino obtiene en Paris un éxito prodigioso. Las tiendas se hallan esmaltadas de objetos procedentes del celeste imperio; las modas se hacen chinescas; los periódicos cuentan cada día, que en tal ó cual departamento de Francia hay un soldado que posee un sello de oro que pesa no se sabe cuántas libras, ó un manto imperial, ó una pagoda incrustada de pedrerías, etc., etc. Una de las fábulas que mas han corrido sobre este punto, es la de un collar que habría sido regalado por el comandante de la expedición á una persona augusta, y que era de un valor incalculable. Hoy tenemos detalles sobre esta joya. Parece ser, dice una correspondencia del periódico belga *el Norte*, que en una de sus últimas reuniones de Tullerías, la emperatriz Eugenia mostraba con su gracia acostumbrada á un grupo de diputados, varios muebles de sus aposentos particulares, notables todos por su esmerada ejecución y por la pureza de su forma.

Sobre uno de estos muebles se hallaba por casualidad un collar ó un rosario de jaspé sumamente sencillo, y uno de los diputados observó el curioso contraste que formaba la pobreza de aquel objeto con la riqueza de todo lo que había en el aposento.

— Y sin embargo, es el regalo que el general de Montauban me ha traído de la China, dijo la emperatriz Eugenia.

— ¡Eso! exclamó uno de los presentes con un tono de sorpresa y de duda; ¡vaya un regalo!

— Pues habéis de saber, repuso la soberana, que es un obsequio que yo tengo en mucho. Ese rosario perteneció á un piadoso misionero muerto en la China, mártir de la fe. M. de Montauban que conoce mis sentimientos, pensó que esa reliquia sería para mí un tesoro preciosísimo, y no se engañó; si hubiese tenido otro valor que el puramente moral, ¿creéis que yo le habría aceptado?

Efectivamente, el rosario en cuestión puede tener un valor intrínseco de una onza de oro, tasado alto.

Concluamos con noticias de fiestas. — En el palacio del conde de Morny se están haciendo grandes preparativos para una fiesta de un carácter particular organizada á beneficio de los sirios, griegos y búlgaros católicos. Los salones se trasforman en elegantes bazares de arquitectura oriental, que contendrán toda clase de objetos menudos que serán vendidos por las señoras de la sociedad más elevada de Paris á los precios que ellas saben poner cuando hacen de tenderas con un fin caritativo. Habrá otras señoras en las puertas para guiar á los compradores por los jardines y las galerías, y otras en fin venderán refrescos. Nada más fructuoso que estas explotaciones de la vanidad por medio de la galantería; pero se trata de pobres, no murmuremos.

Acaba de llegar á Paris S. M. la reina de los Países Bajos, y con este motivo se disponen fiestas en palacio, aunque estas conservarán rigurosamente un carácter íntimo. También llegará en breve el rey de Holanda, y dicen que para honrar su visita habrá en el Campo de Marte una de esas grandes revistas de tropa que ponen en conmoción al pueblo parisiense.

MARIANO URRABIETA.

La fortuna con barbas.

I.

Figuraba años atrás
De la corte en los registros
Uno de tantos ministros
Como nos dió Satanás.

Este ministro, tenía
Por lo menos una cara
Que si bien era algo rara
Con ella ufano vivía.

Y lo que yo no concibo
Es que el tal, sin ser hermoso,
Viviera muy orgulloso
Por tener barba de chibo.

Y para ahorrarse dinero,
Sin carecer de limpieza,
Quiso en una sola pieza
Tener criado y barbero.

Y el criado muy ladino
Le afeitó con tal primor,
Que entusiasmado el señor
Brindóle con un destino.

— Te protejo con deleite,
Le dijo; pero al marcharte
Con la música á otra parte
Yo no tendré quien me afeite.

— Señor, no esteis apurado,
El doméstico gritó,
Un hermano tengo yo
Que os servirá de criado.

Y aunque en afeitar no es diestro,
Si le recibís en casa,
Pondrá manos á la masa
Y al postre será un maestro.

II.

El hermano de su hermano
Llamábase Leoncillo,
Y era un mozo campechano,
Que podría, por lo pillo,
Cantar muy bien en la mano.

Entró á servir muy formal,
Y con destreza y salero
Fué un criado sin igual,
Y aun pretendió servicial
Hacer también el barbero.

Y empuñando el muy atroz
Una navaja sin mella,
Como el que empuña una hoz,
Por poco al amo degüella
Si no da un grito feroz.

— Detente, exclamó, arrapiezo,
No afeites con tal ahinco,
Porque si das un tropiezo
Vas á cortarme el pescuezo
Como tres y dos son cinco.

Para evitar que de un tajo
Eches, cualquier día, abajo
Mi ministerial semblante,
Procura otra vez, bergante,
Saber mejor tu trabajo.

Y Leoncillo firme y duro,
Sin quedarse en la estacada,
Se dijo: — Lo mas seguro,
Para salir del apuro,
Es irme á Puerta Cerrada.

Y allí con mucha osadía,
Sin miedo y á sangre fría,
Afeitare por entregas
Aquellas caras gallegas
Tan rudas como la mía.

Y nadie podrá saber
Que si mi navaja enristro
Y si allí voy á aprender,
Es para luego ascender
A barbero de un ministro.

Y en efecto, el tarambana
Iba por tarde y mañana,
Sin reparar en pelillos,
Y afeitaba á dos carrillos
Toda la prole asturiana,

Sin que le importara un bledo
Quitar á los de las cubas
De las barbas el enredo,
Cortando á veces sin miedo
Unos granos como uvas.

Si de jabon se servía
Era jabon de fregar,
Y la toalla que ponía
Un pañuelo que podía
Como una sarten tiznar.

Y estábase horas enteras
Allí escarba que te escarba,
Hasta que aprendió de veras
Cuantos modos y maneras
Hay para hacer una barba.

Y entonces franco y ligero,
Leoncillo con gran donaire
Dijo al ministro altanero:
— Señor, ya soy tan barbero
Que corto un pelo en el aire.

Vuecencia déme su cara
Y entrégueseme á mi sin pena;
Yo mismo me degollara
Si vuecencia no quedara
Limpio como una patena.

Y Leoncillo le afeitó
Tan bien y con tanto acierto,
Que el ministro se admiró
De ver cuán pronto aprendió
A ser un Figaro experto.

Y quiso el rostro peludo
Raparse mas á menudo,
Y con esta circunstancia
Conseguir Leoncillo pudo
Ser un hombre de importancia.

Y lo mismo que su hermano,
De la generosa mano
Del señor, logró un empleo
Y se volvió de un boleo
Hombre grande el que era enano.

Y deponiendo á sus piés
Mil favores la fortuna,
Ascendió en un dos por tres
Tanto, que se vió despues
En los cuernos de la luna.

Y hoy se encuentra en su apogeo
Luciendo como un farol
Con el gas de un buen empleo,
Y con el loco deseo
De brillar cual brilla el sol.

Y rie muy campechano,
Y solamente se enfada
Cuando ve algun asturiano
Que le recuerda inhumano
Que existe Puerta Cerrada.

Y olvidando que hubo un día
En que una pobre vacía
Le puso la bolsa llena,
Se incomoda y se condena
Cuando ve una barbería.

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

Las industrias de la cuenca del Loira.

EL VALLE DE GIER.

Todos los que viajan en Francia entre Lyon y Saint-Etienne, admiran el extraño aspecto del valle que recorren, de ese valle que es el mas industrial de Francia, y el primero que tuvo el honor de poseer un ferro-carril. Todo él está erizado de chimeneas, altos-hornos, cristalerías y pozos de extracción. El humo oscurece el sol y el carbon lo ha ennegrecido todo. Sin embargo, su aspecto tiene algo de magico y de interesante, pues al través de ese carbon y ese humo respira la inteligencia, la actividad y la riqueza.

Las montañas de Cevennes que le cierran, suben altísimas hacia las nubes, como para elevar sus cumbres alpestres mas arriba del humo negro que reina en el fondo del valle.

Se experimenta una verdadera emocion, un profundo bienestar, cuando del fondo de ese valle empolvado se sube á hermosas y risueñas montañas que desarrollan por do quiera un vasto panorama sembrado de cien aldeas extendidas al sol. El golfo está á vuestros piés, cubierto de densos vapores que parecen querer ocultar á los ojos las riquezas y las fuerzas de la humanidad.

Todo es interesante en este valle adonde conducimos hoy á nuestros lectores; todo, aun en las entrañas de la

tierra, donde una poblacion entera circula y trabaja como en las intrincadas galerias de un hormiguero humano.

Otras cien particularidades aumentan todavía la originalidad de ese valle. El Gier, verbigracia, que le da su nombre, no se parece tampoco al comun de los arroyos y á los rios. No se vaya á creer que corre apaciblemente en un cauce trazado por los siglos, y que como un arroyo vulgar lleva sus aguas de peñon en peñon, ó riega poéticamente los prados floridos; nada de eso: sin cesar está cambiando de camino, y su cauce se halla siempre seco. Ese arroyo aventurero ha consagrado sus aguas á la industria manufacturera, que las pasa de mano en mano, de canal en canal, de conducto en conducto, de casa en casa y gota a gota. Despues de haber visitado todos los interiores industriales, vuelve de tiempo en tiempo á descansar en su cauce, y cuando despues de haber hecho un camino tan accidentado, lleva al Ródano lo que le queda de agua, puede exclamar como el emperador romano: « No he perdido mi tiempo. »

Tal es el valle donde vamos á visitar los principales establecimientos industriales, como fraguas, fabricas de acero, obradores de estirar metales y cristalerías.

No es nuestro ánimo emprender aquí una revista esencialmente técnica; nuestro objeto es presentar á la vista de nuestros lectores una descripción facil y sencilla que baste para hacerles comprender los esfuerzos de los industriales franceses, y el punto á que han llegado las industrias mas interesantes.

Principiaremos por los establecimientos de la compañía Petin y Gaudet, una de las sociedades mas extraordinarias, tanto por los inauditos trabajos que pone en planta, como por su rapida fortuna y por el espíritu emprendedor de sus dos directores.

Estos establecimientos son los de *Rive-de-Gier*, de *Saint-Chamond de Lorette* y de *Assailly*, agrupados en el centro del valle de Gier, y los de Vierzon, de Clavieres y de Toga (Corse), situados á lo lejos.

Sin embargo, los establecimientos centrales se encuentran en Saint-Chamond, en Rive-de-Gier y en Assailly, en un trayecto de veinte minutos de ferro-carril: la administracion está en Rive-de-Gier.

Vamos á recorrer estas tres localidades principiando por los establecimientos de Saint-Chamond, que son los mas nuevos, y que ademas son dignos de llamar la atención por el punto favorable en que estan situados, y por su maquinaria y herramientas, que pertenecen á lo mas perfeccionado que se conoce.

LOS ESTABLECIMIENTOS DE SAINT-CHAMOND.

El pueblo de Saint-Chamond fué en todo tiempo uno de los mas florecientes de la industria francesa; allí nació la fabricacion de cintas, pero el ferro-carril de Saint-Chamond que dirigió la corriente comercial hacia Saint-Etienne (pasando por encima de Saint-Chamond), obligó á sus fabricantes á llegar al mercado de la gran ciudad; poco á poco la industria de las cintas mudó de lugar, y Saint-Etienne destruyó á Saint-Chamond.

Saint-Chamond, muerto por el ferro-carril, debia renacer por él, ó mejor dicho, por la fabricacion de materiales para las vias férreas.

Habia en Saint-Chamond, cerca del camino de hierro, unas fraguas de poca importancia que compraron hace pocos años MM. Petin y Gaudet, con la idea de reemplazarlas con vastos establecimientos, que por su magnitud, su maquinaria y su organizacion, no tuvieran rivales en Europa.

La idea esta realizada actualmente. Cincuenta chimeneas vomitan nubes de humo por encima de una poblacion de talleres en la cual trabajan en todos sentidos miles de obreros, y que está surcada por unos cuantos ferro-carriles de pequeñas proporciones.

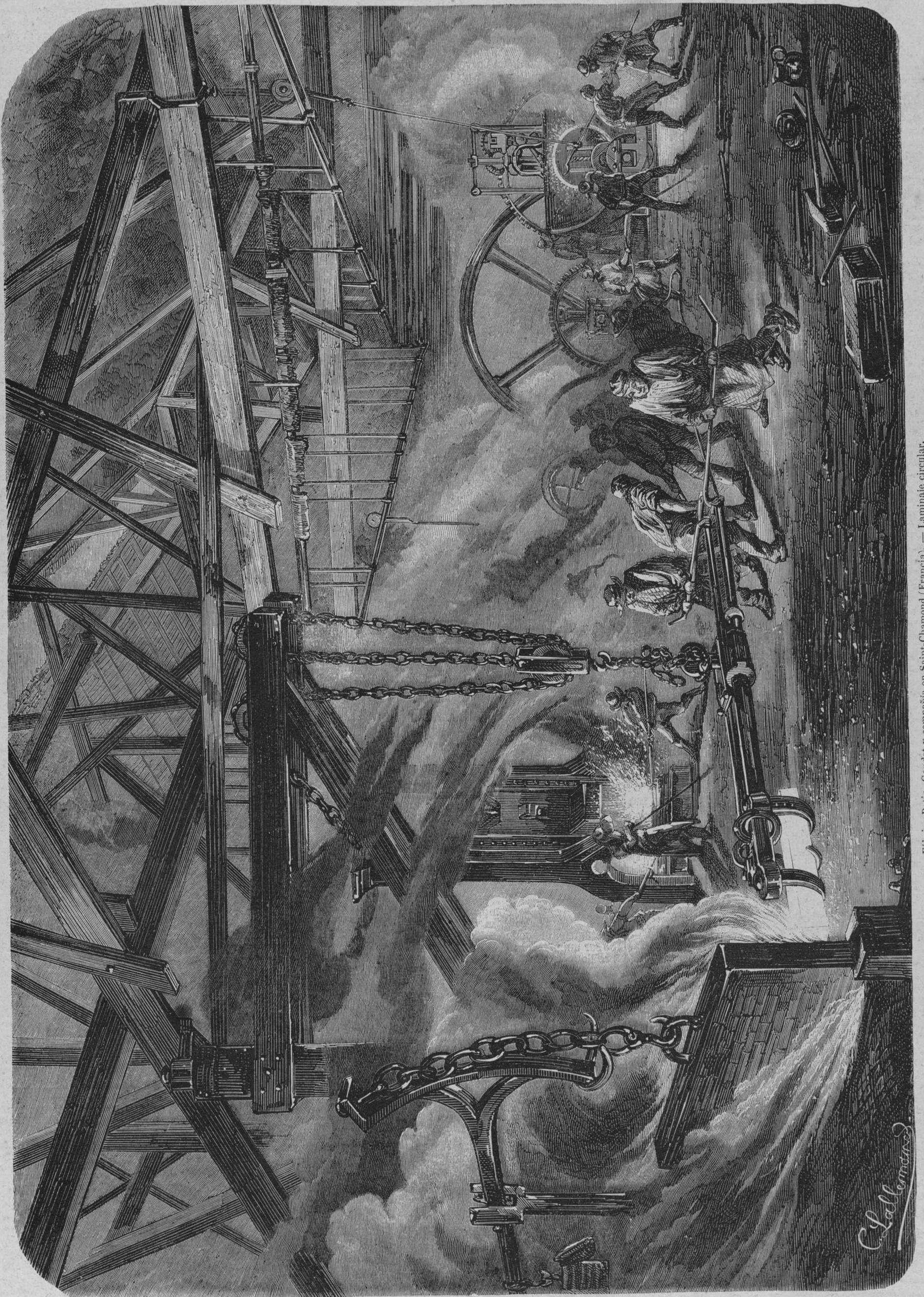
El ruido de los innumerables martillos, el mugido de las cizallas, la caída de las placas de hierro batido, el andar de los wagones, los gritos de los hombres, el resuello intermitente de las maquinas de vapor, el terrible ronquido de los volantes, los saltos de los gruesos laminadores, el fuego, el polvo y el humo, le harian á uno creer que se está dando allí una batalla encarnizada. Se aturde la cabeza, y á decir verdad, el que entra por primera vez en ese reino de Vulcano, se siente sobrecogido; pero cuando poco a poco se recobra el ánimo, y gracias á las complacientes explicaciones que se oyen (pues la hospitalidad en esos talleres no puede ser mas benévola para los profanos), se va uno familiarizando con ese caos industrial, se acaba por medir la inmensa extension de ese establecimiento, y se pregunta uno qué concepcion humana ha podido crearle, y qué capacidades extraordinarias pueden dirigir, contener y dominar á esos elementos deseneadenados.

Se podría escribir un libro con la descripción de todo lo que se hace en Saint-Chamond; pero nosotros, dejando aparte los hornos á puddler, los talleres de montaje y todos aquellos que no tienen nada de especial, nos limitaremos á visitar los que por las obras que producen nos parecen mas interesantes á los ojos de nuestros lectores.

Tales son los talleres de *laminaje circular de los bandajes de las ruedas de ferro-carriles*, y los talleres de *laminaje de las placas de blindaje*.

TALLERES DE LAMINAJE CIRCULAR DE LOS BANDAJES SIN SOLDADURA.

¿Qué fabricacion puede ser mas importante que aque-



Fábrica Petit, Gaudet y compañía en Saint-Chamond (Francia). — Laminaje circular.

C. Lallier

lla de cuya perfeccion depende la existencia de miles de individuos? La solidez de las ruedas del wagon y de la locomotora es de tal importancia, que se podría decir que todos los que se consagran a su perfeccionamiento son hombres beneméritos de la humanidad.

No podemos profundizar aquí la interesante historia de la fabricacion de las ruedas de ferro-carriles; ya tendremos ocasion de tratar de ellas, y por hoy nos limitaremos a tratar de una sola parte de la rueda, del anillo exterior que reúne los rayos ó listones, que se desliza sobre los rails y soporta un roce y una presión increíbles. Este anillo se llama bandaje. En un principio se componia de una barra redonda y con soldaduras, y este modo defectuoso de fabricacion ha sido reemplazado por MM. Petin y Gaudet con un laminaje circular, á cuyo beneficio una masa informe se transforma como por encanto en un gran anillo de buen calibre y redondo, sin soldadura y de metal forjado.

Al salir del horno a puddler, la bola toda blanca y casi en fusion pasa bajo el martillo para tomar la forma de un lingote, y luego de una barra. Despues se recalientan estas barras, y cuando están calientes, pasan bajo el martillo para hacerse lingote, el cual es transportado, como puede verse en el primer término de nuestro dibujo, del horno al martillo, y reciprocamente, por unas garras monstruosas.

Para hacer las rodajas, primera forma de los bandajes sin soldadura, se procede de este modo: al salir del martillo, el hierro es sometido al laminador de donde sale en barras derechas, que á su vez son cogidas por otro laminador especial que les da la forma de una espiral. Esta espiral se pone en un horno a la temperatura correspondiente, y de aquí, por medio de unas garras ó tenazas de un sistema muy ingenioso y de la mayor sencillez, la ponen bajo el martillo y la comprimen en remachadores. Se repite esta operacion muchas veces, y se obtiene así una rodaja ó anillo perfectamente soldado.

La misma rodaja pasa despues á otro horno que se pone tambien á una temperatura elevada. Cuando la sacan de aquí, la someten á un laminador de una construccion particular que termina este anillo y le da la forma y las dimensiones del bandaje.

Toda esta fabricacion es magica en cierto modo. Se ven recorrer el espacio círculos de hierro que cuelgan de pequeños ferro-carriles aereos. Las diversas operaciones se ejecutan con la mayor celeridad; en *minuto y medio* se concluye un bandaje. Es el mayor elogio que se puede hacer de los procedimientos descubiertos por MM. Petin y Gaudet. En el segundo término de nuestro dibujo que representa el interior del establecimiento se descubre el laminaje.

Las fabricas de Saint-Chamond son las únicas en Francia que poseen el privilegio de esa rápida ejecucion, privilegio que ha sido vendido á la Inglaterra, á la Bélgica, y mas recientemente al Wurtemberg.

En el mismo taller se obtienen rails de acero; pero la operacion es mucho mas sencilla, mucho mas facil que cuando se trata de bandajes. Se toma un lingote de acero fundido de 800 kilogramos de peso y de forma rectangular, y despues de haberle puesto en el horno de calentar, le pasan bajo el martillo y luego al través de las diversas estrias de los enormes cilindros que componen el *gran-mill*. El lingote adquiere así prontamente la forma del rail *Vignolles*, de una limpieza incomparable.

Aunque cuestan mas, estos rails duran tanto tiempo que acaban por ser menos costosos que los de hierro. La economia se advierte sobre todo cuando se emplean para los cambios de via: está probado que allí donde los rails de hierro duran algunos dias, los de acero fundido duran muchos años. El problema está resuelto hoy para las compañías, y se resume en una cuestion de adelantamiento de dinero.

En uno de nuestros próximos números hablaremos de una fabricacion de gran interés en la actualidad, cual es la de las grandes placas de blindaje para los buques.

C. L.

Dos hermanos rivales.

(Continuacion.)

Y quitándose su sombrero, dejó caer, flotando sobre sus espaldas, la mas hermosa cabellera que es posible ver en una niña.

Mientras tanto Carlos estaba triste, ceñudo y celoso. Juana lo observó, y con el instinto de la jóven, que sufre al ver que ha ocasionado un disgusto, se aproximó á él para consolarlo. Le miró inclinándole la cabeza hacia atrás, y fijando en él sus ojos compasivos y obstinados. Tambien podemos afirmar que á pesar de sus pocos años, su mirada no era la de una niña; parecia querer leer en los ojos de Carlos. Este se apercebó de ello, porque atemorizado y fascinado casi por aquella influencia magnética que se apoderaba de él á pesar suyo, volvió la cabeza.

Juana, despues que él se bajó para atraerla, le dijo, pasando su manita por los cabellos, como habia hecho con Jorge:

— Tu pelo tambien es bonito, Carlos; se parece al de sor Clotilde cuando se quita la toca.

Carlos la abrazó, pero con aire pensativo.

— Vamos, señor, reid en seguida, ó iré á buscar á

sor Clotilde y os castigará, añadió ahuecando la voz y haciendo un gesto encantador.

Carlos continuaba mirandola, pero no sonreia.

El conde se distraia con esta escena, y en el aire reflexivo de Carlos no veia sino una especie de celos infantiles contra su hermano.

Teresa, pronta siempre para atormentarse, tenia el presentimiento de un porvenir desgraciado para su protegida. Arrepintiéndose por un momento de haber conducido á Juana á aquella casa, guiada por su abnegacion.

Al dia siguiente durante el almuerzo, Juana estuvo aun mas encantadora que la víspera.

Grosos tirabuzones caian á lo largo de sus megillas, y el pelo, que á manera de los chinos, llevaba tirado hacia atrás, dejaba á descubierto su frente admirablemente bella. Su nariz, sin presentar una linea determinada, indicaba que cuando fuese mujer se aproximaria á la de las estatuas griegas. Sus ojos eran negros, aterciopelados, limpidos; pero tan transparentes, tan escudriñadores algunas veces, que fascinaban al que los miraba. Sus movimientos rapidos tenian una especie de torpeza cándida y brusca, que no estaba desprovista de encantos. Su piel era de ese color moreno algo encarnado que tanto brilla á la luz, y que anuncia casi siempre una constitucion robusta. Pero á pesar de estas cualidades, se observaban en su fisonomia ciertos rasgos que parecia producir, para cuando fuese mayor, esa voluntad inmutable que rara vez agrada al hombre, porque la mujer debe ser débil, para que el hombre encuentre el placer de su sexo, esto es, la necesidad de protegerla.

La que desconozca este derecho será desgraciada, porque se creará superior y no comprendida.

Un año trascurrió.

El conde, cada vez mas contento con su hija adoptiva, recobró la salud y la tranquilidad de su espíritu, tan largo tiempo turbado por la muerte de su mujer y por su deseo extraordinario de tener una hija.

Teresa, aquel ángel de resignacion, gozaba en su obra. Su alma amorosa y tierna se unió á Juana, á quien prodigaba, como á los hijos de Mauricio, todos los cuidados, todo el amor de una madre. « Tenia tanta necesidad de amar. » ¡Cuántas veces se dijo á si misma: « Si la felicidad no ha sido creada para mí, que sea al menos el patrimonio de Juanita. »

El conde, despues de maduras reflexiones, anunció á su familia una mañana que estaba decidido á marchar á Alemania para continuar la educacion de sus tres hijos, como acostumbraba llamarlos.

Teresa, que creia volver nuevamente al castillo de Aignerville, suplicó al conde la permitiese no separarse de Juana.

— ¡Separarte de nosotros! ¿estás loca, Teresa? la respondió el conde. ¿Quién tendria para con mis hijos la abnegacion que tienes tú? Al contrario; vendrás con nosotros á Alemania, y mientras yo me ocupo en la educacion de ellos, tú te encargarás de la de Juanita.

Ocho dias despues de esta determinacion, una silla de posta esperaba á las cinco de la mañana en el patio del palacio de Aignerville. A las cinco y media se abrieron las puertas, los postillones chasquearon sus látigos, y los caballos salieron á galope, conduciendo al conde, Teresa, Carlos, Jorge, Juana y dos criados por el camino de Estrasburgo.

II.

Diez y seis años despues, el 15 de julio de 1830, todo Paris, es decir, el Paris aristocrático y elegante, estaba reunido en los salones de la señora baronesa de Griselli, una de las mas notables bellezas de la corte de Carlos X.

Se celebraba la toma de Argel, y á pesar del excesivo calor, pocas personas dejaron de acudir á la invitacion de la encantadora baronesa.

Muchos grandes nombres, entre los cuales figuraban el duque de Choiseul, el príncipe Benavente, el duque de Raguse, el conde de Mortemar, etc., etc., acababan de ser anunciados; las bellezas á la moda que casi siempre llegan tarde acababan tambien de entrar, y ya la dueña de la casa se preparaba á dejar el sitio que cerca de la puerta ocupaba, cuando los lacayos añadieron aun algunos nombres á los de aquella aristocrática multitud.

Habia concluido una galop, y los bailarines conducian apresuradamente á sus puestos á sus parejas, porque temian los ocupasen los recién llegados que se encontraban apurados para proporcionar sillas á las señoras que acompañaban.

Todas las miradas se dirigieron á la vez al grupo que entró últimamente; nadie parecia conocer á aquellos convidados, cuyos nombres no habian sido oídos: el grupo se componia de cinco personas; dos señoras y tres caballeros.

La de mas edad de ellas era alta, rubia y pálida; una de esas mujeres cuya belleza respetan el tiempo y el dolor. Al mirarla venia involuntariamente á los labios aquella máxima del Evangelio que dice: *la hermosura de los ángeles no puede marchitarse*. Su mirada era dulce é indicaba una extraordinaria resignacion, llena de melancolia.

Era hermosa aun despues de haber visto á la encantadora jóven que la acompañaba, y á la que parecia querer mucho, y estar orgullosa con su compañía, porque sus ojos seguian con alegría y ansiedad sus menores movimientos.

Era morena, esbelta y elegante, aunque de mediana estatura. Los hombros eran hermosos, como los de las

mujeres romanas, y su cabeza admirablemente colocada. Sus ojos negros, aterciopelados, transparentes, parecia buscar el fondo de los pensamientos de la persona en quien se fijaban, sin temer que leyesen en los suyos, pues que en ellos estaba retratado su corazón. Sus cabellos de un hermoso negro, levantados formando trenzas sedosas, caian en gruesos bucles á lo largo de sus mejillas. Una sola flor, una rosa amarilla, los adornaba.

Su vestido de gasa de Argel, bordado con sedas torcidas, formaba un dibujo arabe, amarillo, rojo y negro, muy original y de muy buen gusto.

El mas anciano de los tres caballeros saludó á la dueña de la casa con ese desembarazo que poseen siempre los que desde jóvenes han frecuentado el gran mundo, y que nunca pierden, aun cuando los disgustos, la miseria ó la pereza les tengan alejados de él. Presentó á las dos señoras y á los dos jóvenes á quienes llamó hijos.

La señora de Griselli se excusó con gracia por los malos sitios que podia ofrecerles, y tendió la mano á uno de los jóvenes, á quien sin duda conocia anteriormente, y que llevaba el uniforme de oficial de la guardia real.

— Buenas noches, Carlos, le dijo: me alegro mucho veros: ¿sabeis que vuestra hermana es encantadora?

— Ya os he dicho, señora, que Juana no es mi hermana, respondió el jóven subteniente, ruborizandose mas de lo que convenia á un vencedor cuya victoria se celebraba.

Un rigodon iba á comenzar, y en el momento en que Carlos se adelantaba á sacar á bailar á la jóven que acababa de decir no era su hermana, la vió dar la mano á su hermano, y tomar sitio entre las demás parejas.

Su rostro no pudo reprimir un movimiento de despecho que no pasó desapercibido para las señoras que estaban próximas á nuestras desconocidas, y que como los coros de las comedias antiguas, van á encargarse de darnoslas á conocer.

Una de ellas, la marquesa de Fierville, á pesar de su refinada coqueteria parisiense, y con gran disgusto suyo, no conseguia ocultar su edad.

Su rico traje, de un gusto exquisito, hubiera sido perfecto, si la que lo llevaba hubiera nacido veinte años despues.

La segunda era la linda señora de Lussan: baja, rubia, ácrea, vestida tambien de blanco, era tan delicada, tan tenue, que su talle parecia doblarse bajo el peso de la gasa salpicada de hojas de plata que la envolvía. Una camelia de irreprochable blancura se balanceaba majestuosamente en la cabeza de la hermosa rubia.

— Marquesa, decia, dirigiéndose á la vieja coqueta de que acabamos de hablar, vos que conocéis á todas las bellezas de nuestros salones, ¿no podreis decirme quién es aquella jóven á la que veo hoy por primera vez?

La señora de Fierville flechó el lente á la persona que la indicaban.

— ¡Ah! dijo: es la señorita Juana.

— ¿Juana? repitió la condesa, ¿la conocéis?

— Un poco: y si quereis prestarme atencion únicamente hasta el fin del rigodon, os contaré lo que sé de su historia.

La jóven se estremeció; porque aun cuando la hubiese agradado oír algo que favoreciese poco á la que en aquel momento causaba la admiracion de todos los que bailaban, conocia bastante á la señora de Fierville, y sabia por experiencia hasta dónde llegaba la dulzura de su lengua de víbora. Así es que trató de parar el golpe, volviendo á preguntar:

— ¿Conocéis á las personas que vienen con ella?

— Perfectamente.

— ¡Ah! dijo la condesa, que á pesar suyo hubiera querido cerrar la boca.

— Mirad, señora de Lussan: ¿veis aquel caballero que se acerca sonriendo á la baronesa de Griselli?

— Sí.

— Pues es el conde Mauricio de Aignerville, jefe de esa familia.

Estamos seguros de que nuestros lectores habrán reconocido ya esta familia que dejamos hace diez y seis años en el camino de Alemania: mas para demostrar hasta dónde puede llegar la mala lengua de una vieja *verde*, vamos á dejar á la marquesa de Fierville arreglar á su manera esta historia que sabemos mejor que ella.

— Ese conde de Aignerville, querida mia, es una especie de oso que ha vivido del dolor y del romanticismo la mitad de su vida; aun hay personas que atribuyen la muerte de su mujer á su hipocondria. Nunca he podido comprender que se tenga reservado un rio de lágrimas, sobre todo porque las lágrimas no hacen mas que alzar. Yo tambien, tal como me veis, he tenido disgustos; pero cuando lloraba, tenia muy bien cuidado de poner el pañuelo en los ojos á fin de que las lágrimas no pudiesen tocar la cara. Nada hay que destruya y arrugue el cutis como esos arroyuelos que corren por él.

— Nadie creeria que se ha cuidado tanto, pensó la señora de Lussan.

— El conde, continuó la marquesa sin atender á la reflexion de su vecina, está viudo hace mucho tiempo: esos dos jóvenes, uno de los cuales baila con la morena en cuestion, mientras que el otro le mira con mal humor, son sus hijos. El mayor, gracias á la proteccion de Navarreins, de quien es sobrino por parte de madre, ha obtenido una charretera en la guardia real. Casi un niño ha hecho la guerra en España; mirad, lleva la cruz de San Fernando. Ahora viene de Argel, donde dicen se ha conducido valerosamente, por cuya razon acaban de nombrarle capitán. Es el único de su familia que piensa bien; su padre es un admirador de Lafayette, y su her-

mano aseguran que pertenece á la sociedad *ayúdate y te ayudará*.

— ¡Es posible! dijo la jóven mirando al oficial.

— Sí, respondió la vieja marquesa; y esto es tanto peor, respondió á que el conde es bien nacido, que sus alianzas son irreprochables, y que su conducta perjudicará necesariamente los adelantos de su hijo mayor Carlos, de quien me compadezco con toda mi alma.

Estas últimas palabras eran exclusivamente dirigidas á la señora de Lussan, porque había observado el aire con que miraba al jóven capitán.

— Tiene un aspecto distinguido, dijo distraidamente la condesa.

— ¿De quién habláis? preguntó maliciosamente la marquesa siguiendo con la mirada la dirección del lente de la señora de Lussan; ¿del padre ó del hijo?

— ¿Qué decís, marquesa? ¿si apenas he visto al hijo? Tenía miedo.

— Sí, prosiguió la marquesa, como si la señora de Lussan nada hubiese dicho; sí, distinguido si queréis; pero no me gustan esos cabellos negros alisados á la moderna, como yo los llamo: ese peinado no me parece á propósito sino para un artista ó un estúpido.

Una burlona sonrisa asomó á los labios de la señora de Lussan, que maquinalmente echó una mirada á la cabeza calva de la marquesa, que se apresuró á añadir:

— Respecto á las dos señoras, la cosa es mas difícil de explicar; no sé qué títulos darlas: unos aseguran que la alta y rubia es el aya de la linda morena, y que esta es pupila del conde. Otros precisan que la rubia podría muy bien ser madre de la morena, lo que explicaría claramente las detestables opiniones del conde, por sus deseos de casarse con la primera.

— No opino como los últimos, dijo la condesa, sobre todo viendo de la manera que los hijos del conde miran á su hermana Juana.

— ¿Pensáis que sus miradas no son las de un hermano?

— Seguramente no.

— Entonces tendremos que atenernos á la primera versión.

— Será lo mas razonable.

— El conde ha permanecido largo tiempo en Alemania educando á esta misteriosa familia, y sin los ruegos de la señora de Navarreins para que regresasen, dudo mucho que hubiésemos tenido esta noche el gusto de admirar esa niña de aire independiente, y sus dos hermanos, añadió dirigiendo una mirada oblicua á la condesa.

— La duquesa de Navarreins debe estar enferma; no la veo por aquí, dijo la señora de Lussan, con la esperanza de demostrar á la marquesa que no había fijado su atención en sus últimas palabras.

No pasó desapercibida su intención; pero la señora de Fierville, como mujer de buena sociedad, manifestó no haberlo comprendido, y respondió con mucha amabilidad:

— La señora de Navarreins marchó esta mañana á Saint-Cloud con S. A. R. la duquesa de Angulema.

— ¡Cuán feliz es! exclamó la condesa, dejando escapar un suspiro.

— Sí, muy feliz, respondió la marquesa. Pero la señora de Navarreins y la duquesa de Angulema son amigas de la infancia.

— Ya lo sé, marquesa; pero tantas otras han sido sus amigas y no tienen esa dicha.

La marquesa comprendió que la señora de Lussan quería cortar su narración, y aun cuando esto la contrariaba, no se atrevió á manifestarlo; la presencia de su linda vecina la valía siempre algunos cumplimientos de sus adoradores, y la señora de Fierville deliraba por los cumplimientos.

Había terminado el rigodon, y la condesa miraba con envidia el círculo de bailarines que rodeaba á Juana.

La marquesa lo observó, y para obligarla á escucharla, y tal vez á decir algunas maldades, de que mas tarde podría armarse contra ella, comenzó de nuevo el ataque.

— ¿No os parece que es muy atrevida esa señorita al presentarse en casa de la señora de Griselli con un traje tan extraordinario?

— Antes por el contrario; su traje es de muy buen gusto, respondió la condesa, que no encontraba nada que reprocharle.

— En otra ocasión, sí; pero hoy anuncia una opinión que no tiene sitio en esta casa.

— No comprendo, dijo con admiración la condesa.

— Pues qué, ¿no veis ese vestido bordado de colores y esa flor amarilla?

— Sí: ¿y bien?...

— ¿No sabéis que estamos en la segunda época del luto de corte, es decir, en el blanco, porque no hace mas que diez y siete días que murió el rey Jorge?

— ¡Ah! lo había olvidado; tenéis razón, marquesa, es despreciable, es escandaloso.

Estas últimas palabras eran dictadas por el despecho que la había ocasionado el ver el incienso que todos los jóvenes prodigaban á Juana, que reinaba en su lugar.

Su cólera subió de punto cuando vió á Carlos, al oficial á quien tanto había mirado, hacer y decir una porción de cosas encantadoras, para obtener una sonrisa, mientras que ni siquiera la había mirado á ella, que estaba acostumbrada á ser la reina del baile.

— Pero aun fué peor cuando Juana volvió á su asiento; entonces la dirigió una mirada altanera y despreciativa que hizo sonreír de satisfacción á la marquesa, al ver que su astucia había tenido buen éxito.

— ¿Sabéis, Juana, decía Jorge á la que en otro tiempo

diera el nombre de hermana, sabéis que por la primera vez que os presentais en sociedad habeis alcanzado un triunfo? Verdad es que no es posible veros sin admiraros.

— ¡Adulador! respondió distraída, porque había observado la mirada de la de Lussan, y la miraba á su vez con calma, pero con la calma enérgica de un general que prevé el peligro en un día de batalla.

Durante esta escena la marquesa había flechado el lente á Juana, y la examinaba de piés á cabeza, viéndose obligada á confesar, a pesar de su poca indulgencia, que Juana era mas hermosa que la señora de Lussan.

La señora de Fierville también había tenido sus bellos días, como hemos indicado á nuestros lectores al tiempo de darsela á conocer.

— Yo también tenía esas bellezas, dijo con visible disgusto; si yo fuese jóven iría a ver a esa encantadora muchacha, y tendría el valor de decirle lo que César dijo á Varo.

— *Devuélveme mis legiones*, dijo detrás de ella un viejo que la había oído.

— ¡Ah! ¿estabais ahí, señor de Saint-Gervais?

— Venía á presentaros mis respetos, señora, y oyéndooos hablar, no me he atrevido a interrumpir vuestro monólogo.

El señor de Saint-Gervais era uno de los antiguos aduladores de la marquesa.

— ¿Y qué pensais de mi reflexión, señor vizconde?

— Que siendo tan linda como vos, respondió el viejo verde, es un error envidiar la belleza de las demás.

La condesa de Lussan aprovechó el tiempo que duró esta conversacion á media voz para volverse hacia el lado de la ventana, donde Juana recibía con contrariedad, mas con gracia, los elogios de todos los elegantes del baile.

— Soy muy desgraciado, Juana, decía en aquel momento el bello capitán á la jóven.

— ¿Porqué, Carlos? respondió esta.

— Porque siempre que se trata de obtener de vos un placer cualquiera, me le arrebató Jorge.

— ¿Porqué decís eso, Carlos; tal vez porque he bailado el primer rigodon con vuestro hermano?

— Sí, Juana; hoy por eso; ayer por otra cosa; mañana...

— Callaos, picaro celoso: voy á bailar el segundo con vos, y otra vez procurad llegar primero.

Carlos la besó la mano de una manera que hizo estremecer á la condesa, y desde aquel momento se adivinaba en sus miradas despreciativas y coléricas, que había formado en su mente alguna maquinación terrible contra Juana.

Volvió la cabeza hacia la marquesa, que no perdía ninguno de sus movimientos, y la dijo en un tono de voz en que á pesar suyo se traslucía el despecho:

— A fe mía, marquesa, que cuanto mas miro á esa jóven la encuentro menos hermosa: empiezo á ser de vuestra opinión.

— Yo no he dicho que fuese fea, sino que venía vestida con un gusto muy poco en armonía con las ideas de la nobleza.

— Eso es lo que yo quería decir, replicó la señora de Lussan mordiéndose los labios.

Juana y Teresa, para hacer sitio á las señoras que venían á tomar el aire á la ventana, se vieron obligadas á aproximarse á las señoras de Lussan y de Fierville.

Esta última, que por las razones que ya hemos indicado acudía siempre á socorrer á la condesa, dijo á Juana con aire de pedantesca protección:

— Me parece, señorita, que he conocido á vuestra mamá, á aquella virtuosa y amable María, arrebatada tan pronto á nuestra admiración.

El tono con que fué hecha esta pregunta no dejó á Juana ninguna duda acerca de las intenciones de la vieja marquesa. Así es, que fijó en ella una mirada tan limpiada, tan sorprendida é investigadora, que la señora de Fierville tuvo que bajar los ojos.

Sin embargo, no se desanimó por esto, y repitió su pregunta con aire de bondad; cualquiera hubiera dicho que temía la profundidad de aquella mirada, que había penetrado su pensamiento.

La señora de Lussan acudió al auxilio de su amiga, y mirando de arriba abajo á Juana, dejó caer estas palabras acompañadas de una mueca indigna de una mujer de buen tono:

— Me parece que vuestra pregunta es inoportuna, puesto que esta señorita no se digna contestarla.

— ¿Porqué ha de ser inoportuna? respondió Juana con dignidad: supongo que su interés por mi es el que se la ha dictado.

— Debeis estar convencida de ello, dijo la marquesa mirando á Juana, esta vez con aparente bondad.

— No soy hija del conde de Aignerville; soy una huérfana á quien protege desde la infancia; ni aun tengo el honor de ser parienta suya.

Un pequeño temblor que se advertía en su voz al dar esta respuesta, demostraba que no estaba tan tranquila como aparentaban sus palabras.

— Os pidó perdón por mi indiscreción, dijo la señora de Fierville recobrando su aire de altanera protección; si hubiese conocido vuestra pobreza no hubiera hecho esa pregunta.

— Esta señora, interrumpió la condesa señalando á Teresa, es la aya ó la madre de la señorita.

Juana se contuvo aun, á pesar de sentir hervir la sangre en su corazón, y respondió:

— No; esta señora es mi amiga, y una amiga como muchas desearían tener una madre. Es un ángel, en fin, incapaz de insultar á los desgraciados, y cuya bondad

es tan grande, que perdona siempre las injurias que se la dirigen.

Esta respuesta fué dada en un tono que indicaba que la paciencia no era la virtud dominante en Juana.

La señora de Griselli, como habil dueña de la casa, había abarcado de una sola mirada la animación colérica del grupo; y venía á poner fin á aquella guerra femenina, reclamando la atención de las partes beligerantes.

— Mientras que empieza la galop, dijo, suplico á mis amables huéspedes se dignen escuchar unos versos encantadores, compuestos por una admirable musa para celebrar la victoria de Argel. Los sentimientos expresados en esa oda son demasiado franceses, están demasiado noblemente expresados para hacerme creer que pueda parecer importuna, privandoos de un placer que no se retardará sino algunos minutos.

La señora de Griselli se aproximó entonces con una gracia enteramente aristocrática a una encantadora jóven de cabellos rubios y ojos azules, mucho mas vivos y ardientes que lo son generalmente los de aquel color, y que parecían lanzar rayos de poesía y de inspiración.

Un ligero carmin, ocasionado sin duda por el rubor, cubría sus mejillas; pero no afectaba esa timidez impropia del verdadero talento, que siente siempre su fuerza y su poder.

La adorable musa, como tan oportunamente la llamara la señora de Griselli, accedió sin turbarse á las súplicas que la dirigieron, y recitó con una voz tan armoniosa como los versos mismos, aquel *Te-Deum* demasiado conocido para ocupar un lugar en un libro que pasara como las hojas del otoño. Por otra parte, todos los recordarán si interrogan á su memoria, porque su éxito fué prodigioso.

Durante la lectura, Jorge se había aproximado á Juana, cuyas miradas y cuya emoción indicaban un entusiasmo extraordinario.

— Vos, Juana, que juzgais de una manera tan admirablemente pura las producciones del genio, ¿qué opinais de estos versos?

— Si no fuérais vos, Jorge, quien me hace esa pregunta, no respondería á ella.

— ¿Porqué?

— Porque es la de un adulador; pero para vos siempre tengo una excusa; hé aquí todo lo que puedo responder: esos versos son demasiado nobles, demasiado bellos para ser criticados por mi pobre inteligencia.

Alabar el pensamiento ó la forma en que estan expresados, sería indigno de la que experimenta tanto placer al oírlos. Censurar algunas palabras sería pedantesco y miserable; además, Jorge, yo podré tener mi gusto, pero no soy un Aristarco ni un Freron.

— ¿Vuestra opinión, Juana, es que son bellos?

— Diré mas aun; son magníficos.

— Había adivinado lo que ibais á decir antes de oírlo.

¡Ah! ¡Si supiérais cuánto me agrada escucharos, y sobre todo, si supiérais el gozo que experimento al pensar en nuestra felicidad futura, me amaríais con una pasión tan ardiente como la que siento en mi corazón.

— Jorge, no habeis así, os lo suplico; nos está observando vuestro hermano.

— Pues qué, Juana, ¿creéis que Carlos no sería feliz con mi dicha?

— Puedo, debo decíroslo todo, Jorge. Creo que nuestra felicidad causará su desgracia.

— ¿Os ama tal vez, Juana? preguntó Jorge aterrado por aquella súbita revelación.

— No lo sé; pero él es siempre el que me hace temblar por nuestro porvenir.

En aquel momento Carlos se aproximó á Juana, y la dijo:

— ¿Comprendéis, Juana, que semejantes versos se declaman con la aprobación de la señora de Griselli?

— ¡Son unos versos lindísimos, Carlos!

— Sí, considerados bajo el punto de vista literario, no son peores que otros; pero en este salón donde tienen por oyentes a los señores de Raguse, de Talleyrand, de Mortemart, etc., es no tener dignidad, es acusar al rey de falta de valor.

— ¡Cómo, unos versos como estos os hacen hablar de esta manera!

« No turbemos estos días concedidos á la esperanza; confiemos en nuestros derechos que no pueden arrebatarnos: el rey que sabe dar tanta gloria á la Francia, no puede pensar en esclavizarla.

» Permanezcamos unidos; un pueblo instruido por la victoria, no ve en cada acontecimiento sino una gran lección. En el siglo de las luces, la antorcha de la gloria es un guía para la razón.»

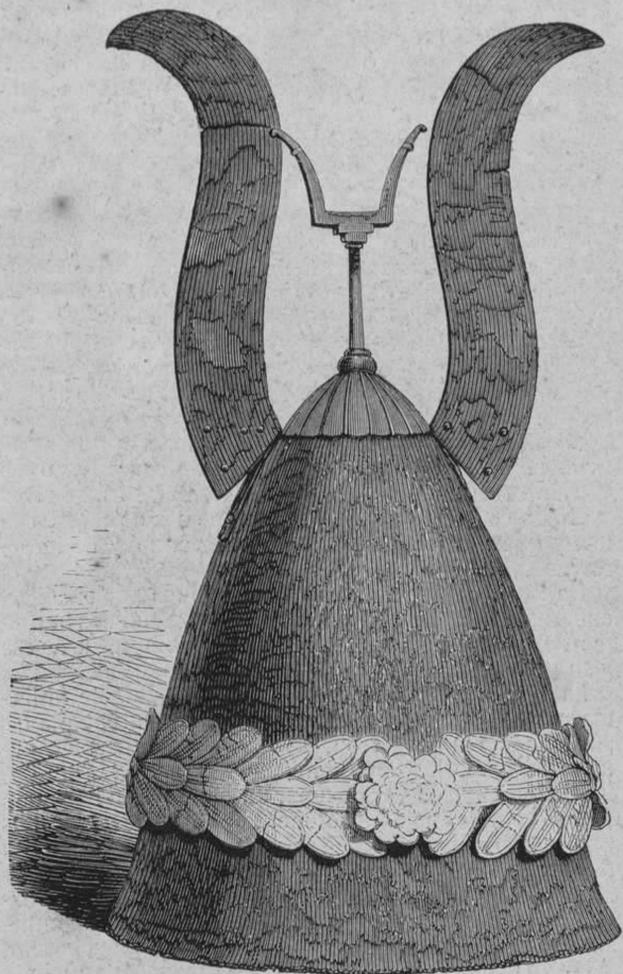
Juana declamó estas dos estrofas con un tono tan patético, que Carlos, no obstante haber manifestado su opinión, quedó turbado.

— Decís esos versos con tanta alma, mi querida Juana, que sería cruel no participar de vuestra opinión, repuso Carlos dirigiéndola una mirada apasionada.

La señora de Lussan que no había perdido ni una palabra, ni una mirada, estuvo á punto de ponerse mala; pero la esperanza de vengarse reanimó lo bastante su corazón para hacerla soportar aquel momentáneo disgusto.

La señora de Fierville, que á pesar de tener al señor de Saint-Gervais á su lado no hablaba con él, hacia lo posible por aguijonear la rabia de la condesa.

(Se continuará.)



Casco coronado.

El museo Napoleon III.

LOS BRONCES.

La colección Campana, abierta el 1º de mayo á la admiración de los parisienses en el Palacio de la Industria,

y que ha recibido el nombre de *Museo Napoleon III*, encierra preciosidades antiguas de primer orden. Hoy vamos á echar una rápida ojeada sobre los bronce; y como este artículo no podría ser un catálogo de esa multitud de objetos de toda forma y dimension que se ven clasificados en los estantes, nos contentaremos con decir que la mayor parte de esos utensilios se empleaban en los usos mas comunes de la vida. Herramientas de oficios manuales, instrumentos de labranza, *ahenum* ó marmita, tenazas, paletas, trébedes del hogar doméstico, *cochlear* ó cuchara para comer huevos ó mariscos, pesos con sus dobles platillos, ó *romanas* á cuya extremidad cuelga de una cadena el *equipondium*, jarrros para vinos, *harpago* con sus dientes encorvados, braseros redondos ó cuadrados para el carbon, llaves, clavos y brazaletes de todo género, pendientes, alfileres, ¿qué no encierra esa vastísima colección de antigüedades? Si los arqueólogos tuviesen entrada en las comisiones encargadas de conceder privilegios de invención, creo que no se daría ni uno solo. Vienen despues los elegantes espejitos que conservaban el lustre en una de sus superficies por medio de polvos y piedra pomez que extendían con una esponja, y que presentaban en la otra lindos grabados. En cuanto á los candelabros, unos eran como los nuestros, con un tubo para meter la vela; otros, bajos y portátiles, sostenían una lampara, y otros en fin elevaban sobre su tripode cincelada su caña finamente esculpida. Hé aqui las estatuillas que representan divinidades, guerreros, gladiadores, animales, y esas *grylles* que son, como si dijéramos, las caricaturas de la época.

Pero nos detenemos, faltando á nuestro propósito, ante una nomenclatura que habria que prolongar hasta lo infinito; bástenos pues, despues de haber indicado los *acerra* ó cajas cuadradas con sus tapas, los *cistes* ó canastillos redondos con sus guarniciones, el nombrar las armaduras, los cascos y los escudos, añadiendo algunas palabras explicativas sobre los objetos reproducidos.

Una de las mas bellas piezas de la colección es ese casco de forma cónica, sobre el cual se elevan dos alones de hierro como una lira, encerrando entre ellos la horquilla de dos dientes del *apex*, y que ciñe en su base una corona de hojas de laurel de oro. ¡Qué gracia, qué elegancia y qué riqueza! No hay duda que ese casco debió pertenecer á un jefe. En cuanto a ese otro tan sencillo y de forma redonda que tiene colgando las *bucula* ó carrilleras, no hay que despreciarle, es el casco del legionario romano; se fabricaron de esos á millo-



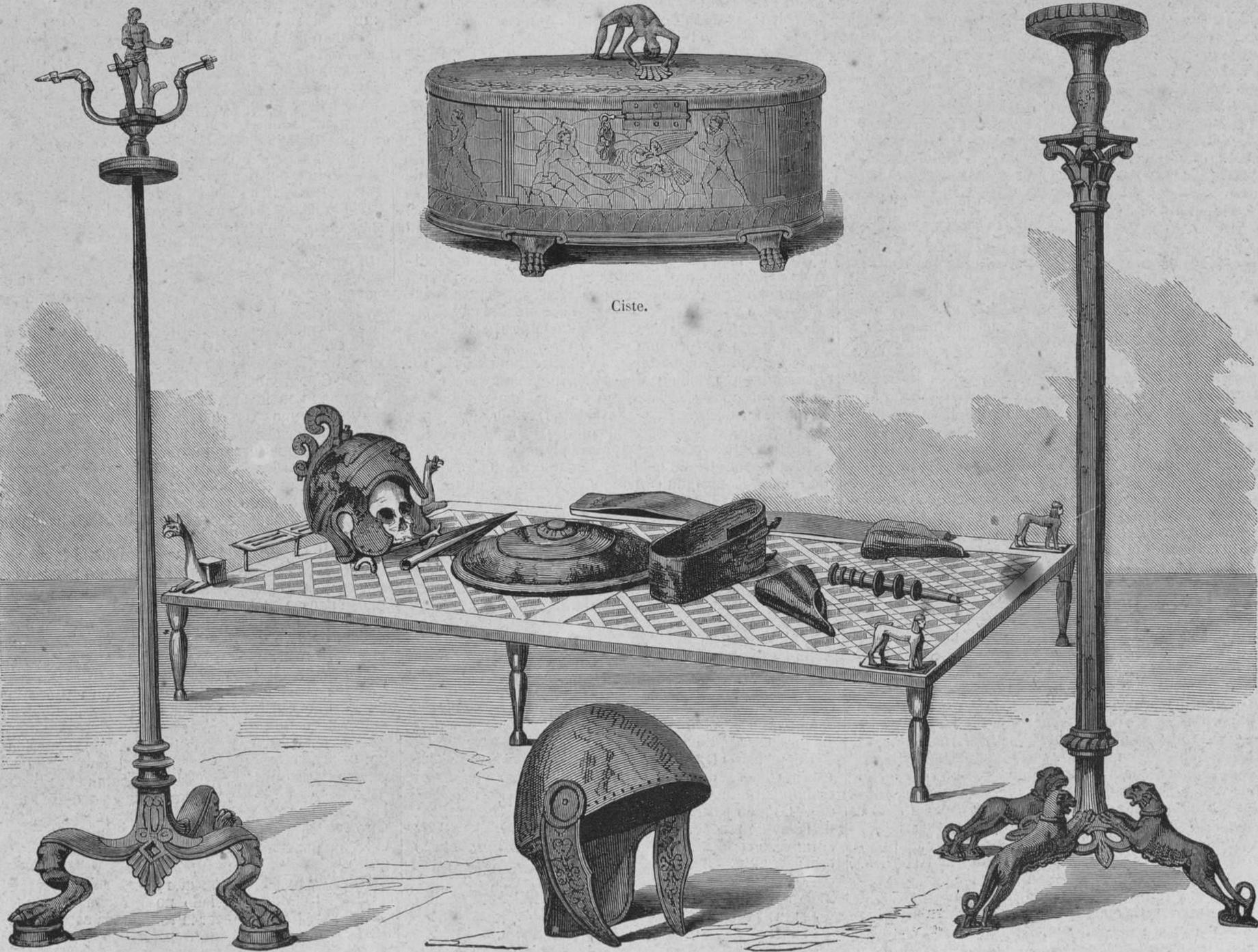
Casco con Medusa.

nes, y no obstante, de todas las piezas de armadura antigua de los tiempos de Roma, es la mas escasa. Los puntitos marcados en los bordes denotan que tenía un forro de cuero y de fieltro.

Otro casco se ve tambien entre nuestros dibujos, cuyo *apex* formado por un dragon erizado, toma la forma de



Ciste.



Lecho funerario. — Armaduras, — Candelabros, — (Museo Napoleon III.)

LAS CRUCES. — MERITOS Y RECOMPENSAS, POR G. RENARD Y VALENTIN.



un gorro frigio, y que presenta una cabeza de Medusa grabada en su frontal y esfinges en sus carrilleras; no pensamos que haya servido nunca, y creemos que era una de esas armaduras de lujo destinadas a los trofeos.

Sobre ese lecho funerario de seis piés adornado en sus ángulos con animales fantásticos, se hallan todas las piezas de la armadura de un guerrero difunto: el casco, la pica de la lanza, el escudo redondo que termina un *umbo* poco saliente, el cinturón que abrocha por detrás dos corchetes de hierro, y el asta donde entraba el palo de la lanza.

No haremos mas que mencionar esos dos hermosos candelabros de una forma tan elegante y un trabajo tan puro: el primero con sus tres panteras que le sirven de pié, con su caña estriada y su especie de copa en el capitel; y el segundo sobre tres patas de pantera, y provisto en el remate de cuatro ramales en cuyo centro se eleva una estatuilla: estos dos objetos son de la mas perfecta ejecución. Pero el que les sobrepuja a todos por el esmero del trabajo es esa *ciste* ó caja, que el tiempo ha cubierto con una preciosa patina y sobre la cual el artista ha grabado, entre otros asuntos, una composición que representa a Prometeo libertado por Hércules. Tres personajes primorosamente esculpidos forman la guarnición de esa *ciste*, una de las piezas mas notables del arte etrusco que hemos visto hasta el día.

H. L.

Recuerdos de un viaje á Roma.

Una impaciente curiosidad se apodera del viajero a la vista de una ciudad que va a visitar por primera vez. Quisiera conocer inmediatamente los edificios que columbra en lontananza, darles un nombre, en fin, para satisfacer la ansiedad tan natural en aquellas personas, que no estando dotadas de un carácter indiferente, ven ya cerca el objeto deseado desde hace algun tiempo.

No creo haya otra ciudad en el mundo que excite tanto este sentimiento como Roma: en efecto, muy grande es el papel que representa en la historia, y muy señalados los hechos de que ha sido teatro, para que no se recuerden con doble interés, a la vista de los mismos sitios en que tuvieron lugar. Además de despertar tan gloriosos recuerdos, la fama de las obras maestras que encierra y que la hacen el centro de las artes, el ser capital del mundo cristiano, da a Roma un carácter excepcional y tan diverso del de las demás ciudades, que de ninguna manera se puede asimilar a ellas.

La nueva vía férrea de Civitta Vecchia a Roma conduce al viajero hasta cerca de la *Porta Portese*, y allí una infinidad de carruajes en semana santa se disputan a los viajeros, que en muy poco tiempo desaparecen como una nube de polvo, entrando a escape por las tristes calles de la ciudad eterna.

Los antiguos edificios que se presentan, desapareciendo rápidamente de nuestra vista; las cúpulas de tantas iglesias como se descubren; fuentes, estatuas, obeliscos, columnas, todo confunde nuestra imaginación, excitando cada vez mas nuestra curiosidad, que instantáneamente quisiera quedar satisfecha.

Llega el viajero con la ilusión de encontrar la ciudad de los Césares; pero ya no existe mas que la de los papas. Los monumentos que se conservan de la antigua Roma se hallan en tal estado de ruina, que muchos de ellos no se sabe con qué objeto fueron contruidos, y otros dan lugar a mil conjeturas, a suposiciones y dudas, que la ciencia arqueológica no acaba de desvanecer, poniendo en claro lo que el polvo de la antigüedad tiene cubierto.

En aquellos arrogantes restos, al lado de las construcciones de nuestra era, se ve la muestra de otra civilización, de otras costumbres enteramente diversas de las nuestras; y al contemplar sus elegantes proporciones, vemos que aquellas generaciones pasadas tenían ideas mas grandiosas de lo bello y de lo sublime que las modernas, que en casi todo revelan mezquindad y positivismo.

Las ideas nuevas emanadas de la santa doctrina de Cristo echaron abajo aquella civilización. Perseguidos los primeros cristianos por el furor de los corrompidos emperadores romanos, sirvieron de horrible distracción al pueblo en los circo y anfiteatros. Tanta mansedumbre y tanta perseverancia mostrada por aquellos mártires en principios tan santos, debía necesariamente dar óptimos frutos, y la religión cristiana fué extendiendo su dominio extinguiendo el paganismo. Pero no se contentó con esto, y no parece sino que quiso vengarse de su antiguo perseguidor, destruyendo cuanto le representaba aun en la tierra. Los templos paganos unos fueron allí demolidos, otros quedaron en un completo abandono, y muchos fueron convertidos en iglesias católicas. Al ver en el día los enormes restos del templo de la Paz, se diría que en él se había dado una sangrienta batalla. El hermosísimo panteón, que casi en el centro de la población moderna se descubre en la plaza de la Rotonda, convertido en iglesia cristiana, parece un desertor pasado al enemigo, ó un prisionero hecho por fuerza católico.

El triunfo de la idea sobre la materia, además de las vicisitudes por que pasó Roma en su decadencia, contribuyó también a la devastación general, y los primeros iconoclastas, llevando al extremo su celo religioso, des-

truyeron infinidad de estatuas, entre ellas muchas obras maestras.

Resplandece en la capilla Sixtina en el Vaticano el genio prodigioso de Miguel Angel. Las pinturas al fresco de este celeberrimo artista cubren aquellas paredes y bóvedas. Se ven en esta infinidad de grupos y figuras aisladas, que representan asuntos bíblicos, la separación de la luz de las tinieblas, creación del sol y de la luna, creación de Adán, creación de Eva, expulsión del Paraíso, Noé, diluvio, etc., etc. Las figuras colosales de los profetas y sibilas, que tan justo renombre han alcanzado, se destacan al pié y en derredor de la bóveda: Jeremias, la sibila Persica, Ezequiel, la sibila Eritrea, Joel, Zacarias, sibila de Delfos, sibila de Cumas, etc. En las esquinas se ven a Asuero y Esther, suplicio de Haman, David y Goliat. En la pared del fondo está pintado el famoso Juicio final. La multitud de figuras que componen este cuadro, formando los grupos mas extraordinarios, suspende al principio el ánimo y hace casi imposible su análisis y apreciación. San Bartolomé desollado presenta en la mano su piel, y en compañía de una procesion de mártires se dirige hacia el Tribunal Supremo. Otros grupos encadenados y con la expresión mas horrible caen precipitados en el infierno...

La luz sombría que ilumina el interior de la capilla le da un aspecto severo, y todas aquellas figuras parecen revestidas del carácter mas imponente.

El Padre Santo bendice todos los años antes de la misa del domingo cuarto de cuaresma un ramillete ó rosa de oro. Esta ceremonia interesante trae su origen de la mas remota época. La *Rosa de oro* se envía en el curso del año a un soberano, ó mas comunmente a una reina católica, como se hizo con la bendita por Su Santidad en Gaeta en el año de 1849, que fué destinada a la reina de Nápoles, y la de 1856 a la emperatriz de los franceses. Cuando la *Rosa* no recibe destino alguno durante el año que sigue a su bendición, es bendecida de nuevo al siguiente, y así se continúa hasta que se remite a la princesa que Su Santidad designa.

Esta *Rosa*, dice Domingo Maeri, significa la primavera, que despues de los torbellinos del triste invierno, alegra con su belleza al mundo, y recuerda al mismo tiempo la vanidad de las cosas humanas. *Et dum nascuntur consensuisse rosas*. Sixto IV, en vez de rosas bendijo en 1471 un ramo de olivas, y le envió a la iglesia catedral de Sabona.

Hé aquí cómo se hace la bendición. La *Rosa de oro*, ó para hablar con mas propiedad, el ramillete de rosas de oro, porque está compuesto de unas diez flores contenidas en un jarrón de una forma muy elegante y de muy rico trabajo, está expuesto en la sacristía sobre una mesa entre dos velas encendidas.

Cuando el Santo Padre va a la capilla Sixtina para asistir a la misa, le presenta la *Rosa de oro* el último sacerdote de cámara. El soberano pontífice, de alba y estola, pone incienso, que le ofrece el primer cardenal prelado, pronuncia algunos versículos y recita una de las mas bellas oraciones de la liturgia católica. En seguida deposita en la *Rosa* que forma el corazón del ramillete, y que está preparada a este fin, un poco de bálsamo del Perú, y un poco de polvo de almizcle; le echa agua bendita y le incienso. El clérigo de cámara toma entonces la *Rosa* y la lleva delante del papa hasta la capilla, donde es colocada sobre el altar, mas abajo de la cruz, sobre una rica tela de seda de color de rosa bordada de oro.

Permanece allí expuesta durante la misa, y concluida esta es llevada a la sacristía por el mismo sacerdote. En otro tiempo, cuando el papa iba a la capilla en la *Silla Gestatoria*, tenía él mismo la *Rosa de oro* en la mano izquierda, y con la derecha bendecía al pueblo. Llegado a su reclinatorio, entregaba la *Rosa* al cardenal diácono asistente, quien la pasaba al clérigo de cámara; despues de la misa el papa la volvía a tomar, y la llevaba de la misma manera que al ir a la capilla.

Aun mas antiguamente la ceremonia se hacia en Santa Cruz de Jerusalén. El papa partía a caballo de su palacio de Letran, con toda su corte, que formaba una brillante cabalgata.

Llegado a la basilica, cantaba solemnemente la misa, y despues del Evangelio dirigía al pueblo una homilia. Hizolo así el papa Pio II, segun el testimonio de los historiadores, con una elocuencia digna de su gran reputación.

Tomando el papa en seguida en la mano la *Rosa de oro*, que habia tenido cuidado de bendecir con anticipación, con el ritual que hemos descrito mas arriba, la hacia ver al pueblo y le explicaba su misteriosa significación. Despues de la ceremonia volvía a su residencia de Letran, y cabalgaba con toda su corte, teniendo en la mano la *Rosa de oro*.

La brida del caballo del papa la llevaba el prefecto de Roma, vestido con un traje de púrpura, y llevando cadenas de oro. A la puerta de la basilica de Letran, este magistrado ayudaba al papa a descender del caballo y le tenia el estribo.

En recompensa de sus buenos oficios, el papa le regalaba la *Rosa de oro*, que el prefecto de Roma recibía de rodillas, despues de lo que besaba devotamente los piés del Santo Padre.

Mi principal deseo era oír el viénes santo en la capilla Sixtina, el célebre *Miserere* de Allegri. Empieza a las cinco de la tarde, despues de maitines. Asistía el papa sentado en un trono a la izquierda del altar. La concurrencia era numerosa; pero como la colocación estaba

bien ordenada, se podía permanecer con toda comodidad. Una balastrada separa los asientos de los cardenales de los destinados a otros concurrentes. Detrás, a la derecha, se colocan las señoras del cuerpo diplomático, y a la izquierda los caballeros. Para los soberanos ó principes de familias reinantes, hay una tribuna sostenida por cuatro columnas a la izquierda de la capilla y cerca de la puerta de entrada. Se exige para entrar que los hombres vistan frac negro y que las señoras lleven mantilla; en el modo de ponerse esta se distinguían las damas españolas; las inglesas y francesas llevaban un velo que las envolvía la cabeza como para preservarla de la humedad.

La tribuna en que se colocan los cantores, clavada en la pared de la derecha, solo presenta una especie de celosía dorada. De allí salen las voces misteriosas que ningún instrumento acompaña; y sin embargo, de su admirable combinación resulta una armonía celestial.

El silencio que se nota, la triste claridad que a aquella hora entra por las elevadas ventanas, infunde ya cierto respeto, y la impresión que produce el canto del sublime salmo es indecible: *Tibi soli peccavi et malum coram te feci*, su composición expresa el verdadero sentimiento de la misericordia que piden aquellas dulces voces conmoviendo y elevando nuestro ánimo. Las figuras colosales de los profetas y sibilas, pintadas por Miguel Angel, parecen entonces revestidas con el carácter mas imponente. Todas aquellas admirables pinturas se animan, tomando una expresión tremenda, reflejo de la impresión que nos domina.

Concluido el *Miserere*, sigue una ceremonia muy sencilla é imponente: la adoración de la cruz y de las reliquias en la basilica. Los cardenales, arzobispos, obispos y demás dignidades de la Iglesia, salían de dos en dos de la capilla: al fin de la procesion iba el papa solo. Entonces fué cuando le vi de cerca por primera vez: tiene una fisonomía muy apacible y agradable; el entrecejo ligeramente fruncido, daba a su expresión un carácter melancólico y simpático. Los camareros secretos con unos candelabros en forma de cruz (*incrociati*) acompañan a la comitiva, que pasa por la sala régia en medio de la guardia noble y suiza. El jefe de esta última iba delante gritando en alemán: *¡Machte platz!* Bajando la escalera régia, entró la procesion en la basilica. En la gran nave de este inmenso templo estaba formada la tropa; y la procesion proseguía su camino con tal silencio, que se oían distintamente los pasos de todos. Las voces de mando de los jefes militares y el ruido producido por las armas, interrumpían solo de vez en cuando aquel silencio sepulcral. Cuando la cabeza de la procesion llegó al baldaquino, se abrió la comitiva en dos filas, y el papa pasando solo por el medio, se arrodilló al pié delante del sepulcro de san Pedro. Todos los circunstantes se arrodillaron igualmente, y luego que el papa concluyó su corta oración, los canónigos del Vaticano presentaron a la adoración, desde el balcón colocado sobre la estatua de la Verónica, las reliquias principales, que son: la santa Faz, un pedazo de la verdadera cruz, otro de la santa lanza, y la cabeza de san Andrés.

Terminada la ceremonia, se levantó el papa, saludó a los cardenales, y precedido de la cruz pontificia, que llevaba un auditor de la Rota, se retiró a sus habitaciones seguido por la guardia noble.

DAVID PRADA.

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

ASTRONOMIA: — La escintilación ó centelleo de las estrellas sigue siendo objeto de curiosos estudios por parte de muchos astrónomos. Ultimamente M. Liandier ha asegurado, despues de muchas observaciones, que este fenómeno no puede atribuirse mas que a los vientos y a las corrientes. De sus observaciones se deduce que en las altas regiones de la atmósfera hay una continua agitación, y que las corrientes no tienen un movimiento constante, de tal modo que apenas hay una que dure un cuarto de hora; observándose algunas veces que en este corto tiempo una corriente cambia sucesivamente y da la vuelta al horizonte.

Estas grandes agitaciones presagian tempestades, cuando las corrientes cambian de la manera siguiente: de Norte a Oeste, de Oeste a Sur, de Sur a Este, de Este al Norte, y así sucesivamente con rapidez. De modo que si, por ejemplo, dan la vuelta al horizonte en cinco ó seis minutos con gran intensidad, hay certidumbre de que la tempestad tardará muy poco en presentarse.

Liandier no teme asegurar que las trombas y el granizo deben su origen a estos bruscos cambios de dirección.

En efecto, dice, suponiendo que estas corrientes vayan descendiendo siempre hacia la tierra, concluyan por describir círculos, y que de este modo las masas de aire lleguen a estar animadas de un movimiento de rotación muy rápido, entonces habría enfriamiento, rarefacción en lo interior y hacia el centro de la masa en movimiento, fuerza centrífuga, etc., es decir, todo lo que es preciso suponer para explicar la formación del granizo. Creemos que aun necesita la prueba de la experiencia esta hipótesis de M. Liandier; pero de todos modos es muy notable que diversos astrónomos coincidan en buscar el origen de la escintilación en nuestra atmósfera, y en unir esta causa a la predicción del tiempo.

QUIMICA: — M. Berthelot, dando una prueba mas de la gran influencia de la electricidad en la composición de los cuerpos, ha conseguido combinar directamente el hidrógeno y el carbono.

M. Berthelot, convencido de que poniendo el hidrógeno en contacto con el carbono á una temperatura muy elevada llegaría á realizar esta combinacion, ha tenido la feliz idea de hacer pasar una corriente de hidrógeno por entre los dos carbonos encendidos de la lámpara eléctrica animada por 60 elementos de Bunzen. A esta temperatura excesiva el hidrógeno se ha combinado con el carbono, y ha resultado el carburo de hidrógeno con todas las propiedades del mismo producto orgánico.

—MEDICINA:— *La hidrofobia*:—Esta enfermedad terrible, cuyos casos se repiten con sobrada frecuencia, ha llamado siempre la atención de los gobiernos ilustrados. Desgraciadamente, tan solo cuando el luto y el llanto de las víctimas despiertan á intervalos el temor público, se han establecido medidas de precaucion, que pasado el peligro ó el recuerdo de las desgracias, han quedado lastimosamente olvidadas. La cuestion de la extincion de la hidrofobia ha sido objeto mas de una vez de las discusiones de las corporaciones médicas; pero recientemente se ha ocupado de ella la Academia de medicina de París, á la cual ha presentado el doctor Boudin las siguientes conclusiones, resumen de detenidos estudios y atentas observaciones de esta enfermedad:

«Primera. El número de perros que hay en Europa puede calcularse en doce millones, cuya manutencion cuesta anualmente 500 millones de francos; los perros que rabian cada año ascienden á algunos centenares.

Segunda. En la inmensa mayoría de los casos la hidrofobia se propaga por la mordedura de perros ú otros animales atacados de dicha enfermedad; en algunas circunstancias puede transmitirse lamiendo el animal la piel en un sitio ulcerado.

Tercera. De los muchísimos documentos publicados sobre esta materia, no hay uno que contenga un hecho que pruebe de una manera concluyente y científica un caso de hidrofobia espontánea.

Cuarta. Aun cuando se probase la existencia de la hidrofobia espontánea, sería un hecho tan raro que no merecería la menor atención en las medidas de policía sanitaria.

Quinta. Siendo poco satisfactoria la antigua hipótesis, recientemente renovada, de que la hidrofobia puede ser reproducida por ciertos instintos, debe relegársela al olvido.

Sexta. La influencia atribuida á la temperatura y á la humedad del aire como capaces de producir la hidrofobia, está en contradiccion con los hechos.

Sétima. La supuesta hidrofobia epidémica descrita por ciertos autores no son mas que casos de hidrofobia transmitida, y en este caso debe borrarse la palabra *epidémica*.

Octava. No hay hecho alguno que determine de una manera positiva el limite extremo del período de incubacion de la hidrofobia en el hombre: este período parece limitarse á siete meses en el perro, y á catorce y medio en el caballo.

Nona. No existe señal alguna patológica positiva de rabia en los perros. La hidrofobia propiamente dicha falta completamente en la rabia canina. El sonido especial entre ladrido y aullido, peculiar á esta enfermedad, parece ser un diagnóstico muy seguro.

Décima. La ciencia no posee ningun informe positivo respecto á las cualidades nocivas ó inofensivas de la carne de los animales que padecen de hidrofobia ó de la leche de las vacas ó cabras mordidas por un animal rabioso.»

En cuanto á las medidas sanitarias que deben tomarse contra la hidrofobia, el autor describe:

«Primero. Que la contribucion sobre los perros tiende á disminuir el número de perros, y por consiguiente las probabilidades de hidrofobia.

Segundo. Que en cuanto llegue la estacion del año en que se presenta esta enfermedad, debe ejercerse la mas exquisita vigilancia, haciendo que los perros no salgan á la calle sin bozal.

Tercero. Que habiendo demostrado la experiencia que el bozal no precave siempre contra la mordedura, la autoridad debe examinar su forma y aplicacion.

Cuarto. Los perros mordidos por un animal sospechoso deberán ser muertos inmediatamente ó puestos en observacion en un paraje seguro durante un período que exceda de siete meses.»

—REMEDIUM CONTRA EL MAREO:— El doctor Neveu-Detrou, teniendo en cuenta que el mareo es una especie de vértigo debido principalmente á la pérdida incansante del equilibrio, ha hecho construir una silla suspendida por medio de un mecanismo parecido al de las brújulas. En este sitio la persona está siempre suspendida y mantenida en posicion vertical, sean cuales fueren los movimientos del buque. Este aparato se ha empleado ya con feliz resultado, y puede recomendarse á las personas delicadas y á los enfermos que tengan que embarcarse para una larga travesía.

—OBSERVACION:— El doctor Greenhow ha comunicado á la sociedad real médico-quirúrgica de Londres un trabajo en el que se propuso dar á conocer los accidentes á que están expuestos los fundidores de laton. Las primeras observaciones que adujo están hechas en Birmingham y se remontan al año de 1858: despues de esta época ha observado varios hechos semejantes en Wolverhampton, en Shilfield y en Leeds. Los síntomas de esta afeccion ofrecen cierta semejanza con los que presenta el acceso de la fiebre intermitente, pero sin presentar regularidad alguna, y siempre se pueden atribuir á la accion de los vapores del zinc.

—EFECTOS DEL *oidium*:—Hasta ahora las personas que habian comido uvas, cuyos granos estuviesen atacados por el *oidium*, no se ha sabido que hubiesen experimentado accidente alguno. Sin embargo, M. Petiteau ha publicado el caso de una nodriza de veinte y dos años, que despues de haber comido uvas atacadas por una especie de hongo microscópico, fué afectada á las tres horas por un malestar general, y dos horas mas tarde le sobrevinieron gastralgia intensa, vértigos, pérdida de la memoria, delirio, grande postracion y temblor; pero nada de fiebre, náuseas, ni deposiciones albinas. Se le aplicaron cataplasmas laudanizadas, lavativas emolientes, y se le dió á cucharas

das una porcion con el licor anodino y el jarabe de adormideras, con lo que se calmaron los síntomas y se efectuó la curacion, si bien la convalecencia duró bastantes dias. Es de advertir que al dia siguiente del accidente el niño que criaba la nodriza fué atacado por una diarrea intensa y pertinaz.

—NUEVA FUERZA MOTRIZ:— Los periódicos de Paris siguen consagrando su atención al importante descubrimiento de M. Lagrange, de una fuerza motriz que se obtiene por un precio sumamente módico y con grande facilidad, y que debe ocasionar una inmensa revolucion en la navegacion y en la industria. Este invento reemplaza al vapor en todos sus usos como fuerza motriz; y la materia que se emplea tiene un precio relativamente insignificante, pues ofrece una economía de un 60 por 100 sobre el del carbon de piedra, y además reúne las circunstancias de encontrarse y poderse fabricar en cualquier parte y de ser inagotable. La materia de que se trata no despiden olor ni calor, no necesita combustible alguno, ni oxida los metales. En lugar de las grandes cantidades de carbon que tienen que cargar ahora los buques de vapor, y del crecido espacio que para ello necesitan, el peso y volumen de unas 20 toneladas, á lo mas, serán suficientes para alimentar el movimiento de un buque en un viaje redondo á las Indias; siendo posible la perpetuidad del viaje porque la materia generadora de la fuerza se encuentra en cualquier sitio.

—MAQUINA DE MOVIMIENTO CONTINUO:— El señor don Vicente Ferrer ha construido en tamaño pequeño un modelo de máquina de movimiento continuo. Aunque este es el nombre del aparato, el movimiento no merece con toda propiedad el nombre de continuo; pero es tan ingenioso el mecanismo, que bien merece ser señalado.

Tiene todo el aparato 1 metro de largo, 83 centímetros de ancho y 52 en su mayor altura. En resumen: se compone de dos fuentes intermitentes colocadas á ambos lados del aparato. Estas fuentes arrojan por un tubo de un medio centímetro de diámetro el agua que cae sobre una rueda dentada á cuarterones, poniéndola en movimiento. Para poner en accion el aparato, se median de agua ambas fuentes; principia este líquido á salir por una de ellas, y á poner en movimiento la rueda; el agua pasa por un tubo á la otra fuente, y cuando cesa de arrojar agua la primera, empieza la segunda, comunicando á la rueda un movimiento en sentido contrario.

El rozamiento en este aparato es muy grande; por lo tanto el movimiento no puede ser continuo, como es fácil conocer; pero es, sin embargo, lo que mas se aproxima al movimiento continuo.

El señor Ferrer cree que con una pequeña modificacion, con solo la adiccion de otra rueda, puede conseguir que el movimiento se verifique siempre en el mismo sentido. El inventor de tan ingenioso aparato se ocupa en calcular cuál será la potencia y la resistencia de esta máquina, para darla en mayor escala aplicacion á los usos de la industria.

—ESTADISTICA:— De las últimas estadísticas resulta que la poblacion de Inglaterra, incluso el condado de Gales, cuenta 20.000.000 de almas; de las que corresponden 3.000.000 á Londres; que los ladrones y rateros de las cinco principales ciudades son 35.000, correspondiendo á Londres 10.000; que en el resto del país hay 125.000; de modo que el total de ladrones asciende á 170.000; que hay en las cárceles 25.000 presos, con los que el número de malhechores se eleva á 195.000, y que los pobres socorridos por la nacion son 1.870.000. Resulta pues que la poblacion honrada y trabajadora mantiene á 2.000.000 de personas que no trabajan ó se dedican al robo y la rapiña.

— El total de habitantes de la provincia de Madrid asciende á 489,332, de los que corresponden al casco de la capital 298,426, y á las afueras 15,635. De estos, 485,584 son naturales, y 3,748 extranjeros. Pertenecen al sexo bello 235,363, y al masculino 253,969. De las mujeres hay 127,466 solteras; 81,044 casadas, y 26,873 viudas. De los varones, 155,031 son solteros; 86,325 casados, y 12,613 viudos. En las edades el mayor número cuenta de 31 á 40 años, habiendo de este período 47,232 varones, y 42,272 hembras. De mas de 100 años solo existen 8 mujeres. Hay en toda la provincia 1,209 eclesiásticos; pertenecen á institutos religiosos 153 varones y 1,455 hembras. Se cuentan 11,759 empleados activos, y 2,915 cesantes; 26,399 militares activos y de reemplazo, y 1,087 retirados; 165 individuos de la marina militar; 22,655 propietarios; 4,486 arrendatarios; 3,434 comerciantes; 18 marinos mercantes; 376 catedráticos y profesores; 264 maestros de enseñanza particular; 352 individuos dedicados á las bellas artes; 1,691 abogados; 1,094 médicos y cirujanos; 300 boticarios; 417 veterinarios y albéitares; 58 agrónomos y agrimensores; 188 arquitectos y maestros de obras; 403 fabricantes; 16,237 industriales varones, y 6,728 hembras; 483 maestros y 412 maestras de primera enseñanza. Además existen 34,540 artesanos varones y 15,317 hembras; 64 mineros; 1,963 jornaleros varones y 424 hembras en las fábricas; 34,239 jornaleros de campo; 23,641 sirvientes varones y 31,094 sirvientas hembras; 4,541 pobres de solemnidad de ambos sexos; 188 sordo-mudos, y 1,336 ciegos é imposibilitados, tambien de ambos sexos. Cuéntanse, por último, 19,948 niños y 11,305 niñas que van á la escuela; 670 colegiales de primera enseñanza; 590 de segunda, 3,328 estudiantes de la misma clase; 125 de escuelas preparatorias; 2,928 de las superiores y 806 de carreras especiales. Finalmente, 7,500 individuos no tienen clasificacion en su estado social.

—LA MORTANDAD EN LOS NIÑOS:— M. Bonchut ha leído en la Academia de ciencias de Paris una interesante Memoria acerca de la mortandad en los niños. Esta, considerada en las diferentes condiciones sociales, es hoy en Francia de una sexta parte en el primer año de la vida, al paso que en otro tiempo era de una cuarta parte. En el mismo período la mortandad de los niños es de una quinta parte en los varones, al paso que es de una sexta en las hembras. La mortandad de los niños es mas considerable en las familias pobres que en las ricas. El frio aumenta la mortandad de los niños recién nacidos, y en invierno no se

puede sin peligro sacar á los niños para llevarlos á la prefectura ó á la iglesia. La mortandad de los niños abandonados, naturales ó legítimos, criados en el campo, es de un 14 por 100 en el primer año de la vida. La lactancia con biberon ú otro medio análogo, aumenta mucho las probabilidades de muerte en los niños expósitos. La mortandad de los niños de la clase media dados á criar por la administracion, es de un 29 por 100 en el primer año.

—ALTURA SOBRE EL NIVEL DEL MAR DE LOS PRINCIPALES LAGOS DEL MUNDO:— No deja de ser curiosa la siguiente noticia sobre la altura que tienen sobre el nivel del mar los lagos mas notables del mundo. El de Lucerna, el mas elevado de los lagos de Europa, en el que navegan vapores, está situado á 1,406 piés solamente sobre el nivel del mar; el lago de Titicaca, en la América del Sur, entre Bolivia y el Perú, está á 12,850 piés sobre el nivel del mar. Este lago mide 170 millas en su mayor longitud, y 70 millas en su mayor anchura. Por los sondeos hechos se ha visto que tiene 120 brazas de profundidad cerca de las orillas, lo que hace creer que aquella será mucho mayor en el centro. Los grandes lagos de América del Norte solo se hallan de 230 á 610 piés de elevacion sobre el nivel del mar. El lago de Chatouaqué, en el Estado de Nueva York, que es el mayor que hay navegable para vapor, en la América del Norte, se halla á 1,306 piés. En cuanto al lago de Titicaca, podría contener todos los buques que hay en los mares del mundo.

—MODO DE QUITAR EL POLVO A LAS MAQUINAS:— El *Diario de agricultura progresiva* de Paris anuncia un medio sencillo de quitar el polvo que resulta del movimiento de las máquinas, y que acaba de ser comunicado á la sociedad de agricultura de Ille-et-Vilaine, por el constructor-mecánico M. Metayer; el cual consiste en colocar una plancheta delgada de madera de 3 á 5 centímetros de altura y sujeta con tornillos, á la extremidad de la parte superior de la boca de la batidera, é inclinada de modo que vuelva á esta la columna de aire y polvo que sin esta adiccion caen en la plancha horizontal, formando la parte inferior de la boca ó extremidad del tablero.

Recuerdos de una excursion á la Vandé.

EL CASTILLO DE LA FLOCELIERE; UNA BODA VANDEANA.

Desde hace algunos años la porcion de la Vandé que lleva el nombre de Bocage ha perdido mucho de su aspecto silvestre y pintoresco, gracias á los caminos estratégicos que la surcan por todas partes. Preciso es pues internarse por esos caminos orillados con espesas malezas, donde apenas penetra la viva claridad del mes de junio al través de la masa de los árboles que inclinándose por cada lado del camino, forman sobre la cabeza del paseante una impenetrable bóveda de verdura, si se quieren encontrar aun aquellos paisajes característicos.

Hacia algunos momentos que despues de haber abandonado el admirable horizonte que se abraza desde la antigua iglesia de San Miguel, *Mont-Malcus* (ó mas bien *Monte Mercurio*), caminabamos por una de esas tortuosas alamedas, cuando en medio de una plazuela formada por la caída de uno de los árboles seculares plantados al borde de la via, distinguimos una masa imponente de torres, murallas y techumbres que se destacaba en el cielo, envuelta en ese tibio vapor, que al dar á los contornos una forma vaga, completa el prestigio de las ruinas.

Eran los restos del castillo de la Floceliere; algunos pasos mas, y estabamos en el patio de honor de la antigua vivienda.

En el centro de ese patio se alza todavia en toda su grandeza la soberbia escalera de granito que conduce a los diferentes pisos del torreón, coronado casi en todo su derredor con un cerco de buardas, tambien de granito.

Por esa escalera se entra fácilmente en varias salas del torreón. En el grueso de las paredes hay corredores oscuros; de tiempo en tiempo una larga y estrecha abertura deja penetrar el aire libio del exterior, y la vista distingue a lo lejos el horizonte azul que se pierde en la bruma de la colina de Pouzeauges, donde apenas se distingue la altura del monte de la *Folie*.

Por fin se llega á la cumbre de la torre que la naturaleza ha cubierto de verde vegetacion: la yedra y el claveal encarnado se disputan allí los jugos vegetales que pueden encontrarse entre las juntas de aquellas viejas piedras. Desde ese punto tan elevado se comprende el aspecto general que debia tener el edificio. Un recinto rectangular rodea aun todas las construcciones defendidas por altas torres circulares establecidas en cada ángulo y en medio de cada cara. Hoy están casi todas destruidas, y la yedra que sube por todas partes al asalto de esos antiguos restos, cubre con su manto vivo todo lo que no está muerto y en ruinas. A la entrada del torreón han utilizado algunas de las dependencias del castillo para formar una especie de granja. Por una parte los establos del ganado vacuno; por el otro la habitacion del labrador rodeada de los diferentes instrumentos de labranza, cuando no está ocupado en las faenas campestres. Aquel dia, en efecto, todo se hallaba en descanso bajo los cobertizos; la granja estaba de fiesta, pues se celebraban las bodas de la hija del labrador, guapa morena de veinte años, que tomaba por marido á un mozo del lugar mas joven que ella, y robusto y frescote como un verdadero campesino. En la Vandé las mujeres tienen casi siempre mas edad que sus maridos.



Una fiesta de bodas en la Vandé.

Un gran vocerío y algunos disparos que ahuyentaban de sus apacibles moradas a los mochuelos, únicos habitantes del antiguo torreón, llenaban el aire de ruido y de humo, y anunciaban la salida de la iglesia.

La novia, acompañada por el padre, marchaba a la cabeza, y se distinguía por su corona de siemprevivas blancas, su cinturón blanco también y su ramillete de flores de azahar. Venía del templo, donde después de haber oído las exhortaciones de un santo sacerdote, había recibido el anillo nupcial; todas las personas de la comitiva la habían dado un beso y se dirigían a la casa paterna, precedidos de los pitos, que en breve serán destronados por el violín, aun en las aldeas más recónditas del Boeage.

Como los preparativos del festín no se habían terminado todavía, se pusieron a bailar; los mozos más jóvenes eligieron sus parejas después que el novio se hubo colocado en medio de ellos, teniendo por el dedo de corazón a la que acababa de prometerle fe y amor por toda su vida.

A veces el *amo* de la hacienda conduce a la novia a la iglesia y rompe con ella el baile, pues en ese noble país donde se conservan aun esas tradiciones del corazón y de la fe que se pierden tanto en otros, la palabra *amo* significa casi siempre protector y amigo. Al *amo* confía el campesino sus penas de familia, y a él pide consejos cuando quiere casar a sus hijos.

La danza había principiado, danza triste y monótona, pues el aldeano de la Vandé no se entrega jamás a esos arrebatos de loca alegría que se ven en otras provincias. Los aires tampoco eran variados, pero iban al compás bien llevado siempre por los bailarines.

Por fin se dió la señal de la comida. La novia se fué a colocar en el centro de la mesa, y el novio se quedó en pie, pues él debía servir a su mujer y a los convidados. Hacia el fin de la comida, los padrinos y madrinas trajeron cada cual un pastel, piezas enormes que exigían el esfuerzo de muchos brazos robustos para sostenerlos en el aire todo el tiempo que debía durar la canción de la novia.

En efecto, muy luego apareció un grupo de jóvenes, de las cuales una traía un ramillete compuesto de toda clase de flores, en las que se mezclaban cardos, almendras, nueces, etc. (simbolismo que no hemos compren-

dido). Esta joven apoyada en sus compañeras, cantó con un tono elevado y triste una larga canción, al mismo tiempo que la presentaba el ramillete.

«Te ofrecemos este ramillete lleno de frutas, decía una de las coplillas, hecho de modo que te hará entender que todos esos honores vanos se acabarán como estas flores. No irás a los bailes ni a las reuniones, tendrás que estarte en casa guardando tus vacas y tus bueyes mientras nosotras bailaremos.»

La novia debe llorar y dar gracias a las jóvenes por sus consejos, cortando para cada una un pedazo del pastel.

Una vez terminada la canción, la más joven y bonita de las cantoras toma dos platos, coloca dentro algunas monedas, y da una vuelta a la mesa cantando y pidiendo. Cada cual deposita su ofrenda, que se conserva religiosamente para los pobres que no dejan nunca de acudir a las ceremonias de esta especie.

Después se continúa el baile. Los viejos y los más diestros se ejercitan en el juego de las bochas, que es un verdadero ejercicio, puesto que las bolas que allí se usan pesan de nueve a diez libras, y hay que lanzarlas a distancias considerables.

Los más ancianos aun no se habían levantado de la mesa. El vinillo blanco del país les había traído a la memoria los recuerdos de su famosa guerra.

Este había combatido al lado de La Rochejaquelein; aquel había visto caer a Cathelineau; el otro había conocido a Charrette y había visto huir a Kleber a Torfou. Guerreros heroicos, en el día debilitados por la edad, sus brillantes ojos recordaban la enérgica virtud de su juventud, y sobre sus nobles semblantes se podía leer la relación de sus largos padecimientos.

Los gritos que se oyeron fuera hicieron que todos se levantaran. ¿Qué pasaba pues? Las danzas se habían interrumpido: los pitos marchaban a la cabeza de la columna de los bailarines precedidos por un hombre, que era el que había concluido la última barrica y prendido el *faussel* a su sombrero.

Había llegado el momento de la marcha; cada cual se volvía a su casa, llevándose el recuerdo de una buena fiesta, cuyos principales héroes tenían fija la vista en una perspectiva de días dichosos.

O. DE R.

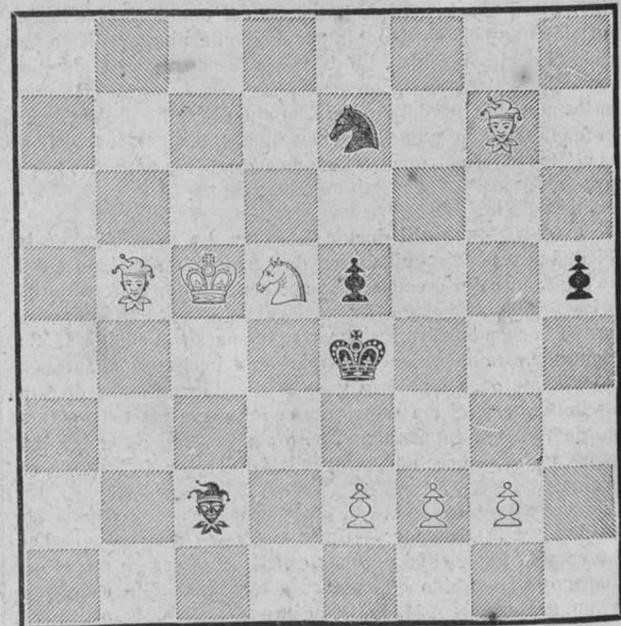
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 7.

- 1 R 2ª Ra 2 Ra 4ª TR jaq. 3 C mate.
- PT 1 p. (mej.) (A) R come Ra
- (A) 1 A juega. 2 PA 2 p. mate.

PROBLEMA NUM. 8, POR M. F. HEALEY.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.